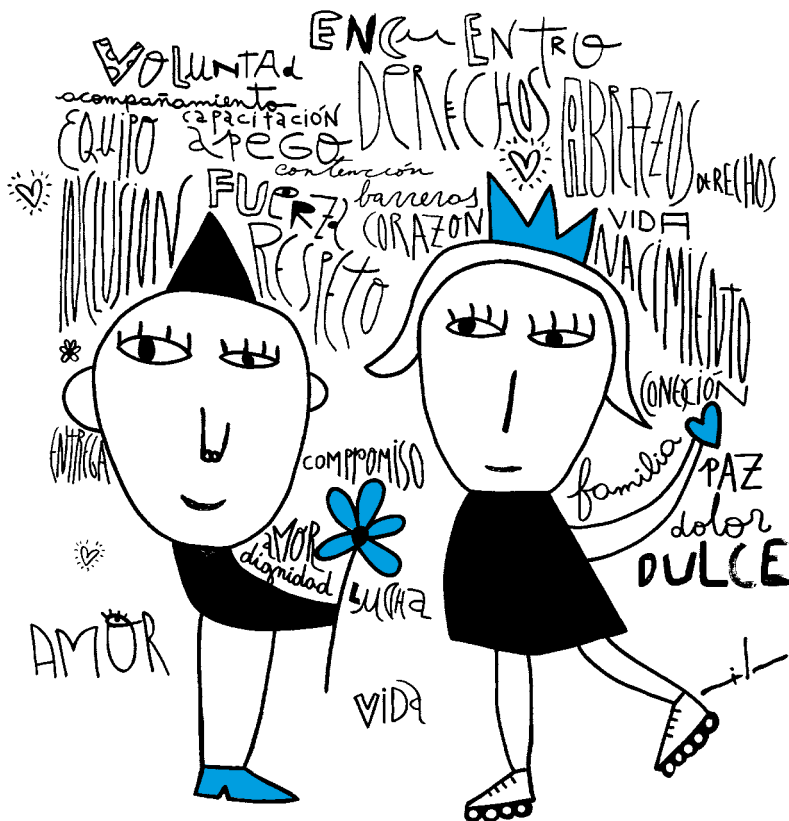


Historias prematuras



Historias prematuras



Dirección editorial

Zulma Ortiz, Especialista en Salud de UNICEF Argentina.

Daniel Flichtentrei, Editor Responsable de IntraMed.

Ricardo Mastandueno, Editor Responsable de IntraMed.

Autoría

José María Brindisi, Ana Cerri, Virginia Cosin, Betina

González, Josefina Licitra, Ariel Magnus, Mateo Niro,

Sergio Olguín y Patricia Suárez.

Compilador

Juan Nadalini

Historias prematuras - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

UNICEF Argentina, 2014. 128 p. ; 16x20 cm.

ISBN 978-987-9286-34-0

CDD A863

Fecha de catalogación: 04/09/2014

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en Argentina

Primera edición: octubre de 2014, 10.000 ejemplares.

Imagen utilizada en tapa: Obra exclusiva de Milo Lockett

para “Historias Prematuras”.

Diseño y diagramación: Gomo | Estudio de diseño



Marketing & Research S.A.

info@intramed.net

www.intramed.net



Fondo de las Naciones Unidas
para la Infancia (UNICEF)

buenosaires@unicef.org

www.unicef.org.ar

Agradecemos a las familias que nos compartieron sus historias y vivencias; a las instituciones que atendieron a los niños y sus padres; a los autores que escribieron estas historias con sensibilidad y respeto; a los médicos y enfermeras que nos compartieron sus experiencias acercándonos más al mundo de la prematuridad.

Un agradecimiento especial a Milo Lockett por la obra Historias Prematuras que ilustra la tapa del libro. Ternura, encuentro, amor, abrazos, derechos, vida, nacimiento, conexión, dolor, familia son algunas de las palabras que Milo escribió en ella y que acompañan los relatos de esta publicación.

Índice

Prólogo	6
¿Por qué contar historias?	9
Sin novedad, José María Brindisi	13
Ochenta por ciento, Ana Cerri	29
Antes, Virginia Cosin	41
Ni Einstein, ni Ana Pavlova, ni Derek Paravicini, Betina González	51
Un inmenso taller de origami, Josefina Licitra	59
La celebración, Ariel Magnus	73
Anagrama, Mateo Niro	89
El comienzo de todo, Sergio Olguín	101
Mateo, Patricia Suárez	111
Por suerte. Gracias a Dios, Ana Cerri	123

Prólogo

Sobreponerse al dolor y luchar por un ser amado es una experiencia de vida que transforma. Cada historia prematura es única, pero todas las historias conforman un conjunto de vivencias y evidencias que reflejan la situación de la prematurez en Argentina.

Estas “*Historias Prematuras*” son apenas una muestra del padecimiento pero también del coraje y de la voluntad de acompañarse mutuamente, de las familias y de los profesionales de la salud. Es posible que no reflejen todas las subjetividades de quienes pasaron o pasan por la situación de tener, conocer, asistir y/o convivir con un recién nacido prematuramente. Sin embargo, para quienes queremos aprender sobre los miedos, incertidumbres, y otras tantas emociones que dan cuenta de elementos más tangibles como la injusticia o la inequidad, los derechos vulnerados, los riesgos que podrían evitarse o los daños que no debieron ocurrir; basta y sobra con una sola historia.

Este libro es una aproximación narrativa que busca despertar el interés en adquirir los conocimientos necesarios, para que todos tomemos decisiones que ayuden a prevenir la prematurez. Las “*Historias Prematuras*” deberían servir para construir un espacio de encuentro con la palabra que posibilite repensar la prematurez y adquirir nuevos modos de

involucrarse con la problemática. Queremos que las personas tengan más y mejor información sobre las consecuencias de la prematuridad porque, actualmente, es la primera causa de muerte infantil en Argentina.

Aunque los profesionales de la salud siguen siendo el referente para el ciudadano en cuanto a la información sanitaria, desde UNICEF abogamos para que no sea los únicos que se reconozcan como fuente válida de información. Por eso, junto a IntraMed, iniciamos este proyecto de narrar historias de vida que se repiten 60 mil veces por año (el 8% del total de nacimientos que ocurren en nuestro país son prematuros).

Hoy tenemos a nuestro alcance más información para tomar decisiones de manera acorde a nuestras circunstancias, y de adquirir estilos de vida que prevengan la prematuridad. El conocimiento actual, también sirve para adoptar acciones que nos ayuden a que el parto se produzca en el lugar más adecuado y con los menores riesgos. Casi el 90% de los 36 mil nacimientos prematuros que se consideran de alto riesgo nacen en un lugar que no cuenta con las condiciones necesarias para evitar las consecuencias de esos riesgos. Más aún, de los que sobreviven, muchos no pueden ejercer un derecho tan básico como el de estar acompañados por su familia todo el tiempo.

Nos falta involucrarnos activamente en la prevención de los riesgos, daños y secuelas asociadas con la prematuridad y, sobre todo, conocer nuestros derechos y los derechos de los niños, niñas y adolescentes. Es nuestra responsabilidad demandar para que se garanticen ya que en última instancia son nuestros derechos.

Existe un amplio consenso sobre la necesidad de información para poder generar cambios. En la medida en que los individuos aumentan

su conocimiento sobre una determinada temática o realidad, están mejor predispuestos a reflexionar sobre ella. Tener conocimientos abre la posibilidad para que surja un cambio, pero sin la voluntad de adoptar una nueva conducta, y la acción concreta, el cambio no ocurrirá jamás. Si queremos que la prematuridad deje de ser un problema en nuestro país, necesitamos cambiar: de hábitos, de rumbo en algunas políticas sanitarias, de actitud frente a la oferta de servicios que no satisfacen la demanda, entre otras tantas cuestiones que influyen sobre el problema del nacimiento prematuro.

Desde UNICEF agradecemos a los autores de “*Historias Prematuras*” quienes fueron capaces de intermediar entre la información proveniente de historias reales, sus propias emociones y nuestros objetivos. Adaptaron y personalizaron los contenidos de tal forma que es imposible no involucrarse. Emoción y conciencia, una combinación ideal para promover el activismo por una causa que tiene soluciones a la mano, solo es cuestión de implementarlas.

Zulma Ortiz
Especialista en Salud,
UNICEF Argentina

¿Por qué contar historias?

*“Aunque la verdad es lo contrario de la mentira,
la ficción no es lo contrario de la verdad”*

Juan José Saer

Cada vez que nace un niño prematuro se desata una tormenta de emociones. Sus padres viven la incertidumbre del futuro y la angustia ante lo desconocido. El equipo de salud se organiza para ofrecer lo que sabe al servicio de quien lo necesita. Pero no solo ofrecen su conocimiento sino su pasión, su obstinación por la vida. Un niño busca la madurez que le falta en el interior de una incubadora rodeado de instrumental médico pero también de ojos que lo cuidan y de manos que lo acarician. De nanas cantadas a media voz, de plegarias, de susurros en los pasillos del hospital. Una multitud de voluntades se conjuran para que su indefensión encuentre cobijo. Un tráfico de aliento y de empeñada voluntad circula entre familias y profesionales. El ambiente se carga con una energía vital que pone en funcionamiento una alianza poderosa de ciencia y de pasión.

La prematuridad pone en escena la más solidaria de las funciones de la medicina: la vocación de asistir al más débil, la decisión de acompañar hasta que el recién llegado encuentre la autonomía para vivir su propia vida. La tecnología se encarna en las personas. El brazo nutritivo de la sonda de alimentación y el brazo milenarista del cuidado del semejante se encuentran para acunar a ese cuerpo minúsculo. Al calor de las máquinas y del afecto compartido la naturaleza completa su camino. Más que en cualquier otra situación se articulan allí el conocimiento científico y el amor de una familia.

Una sala de neonatología es un espacio atravesado por historias. Allí circulan el drama, el apasionamiento, las alegrías y los temores. Esas narraciones que se guardan en la memoria para ser contadas infinitas veces más tarde quedan encerradas en pequeños círculos íntimos. Alguien tenía que contarlas. Transformar estremecedores sucesos reales en relatos que conmuevan, que hagan conocer lo que permanece oculto, que ayuden a crear conciencia y que despierten la vocación solidaria. Ése ha sido el sueño del que nació este libro.

En IntraMed hace muchos años que caminamos por los hospitales buscando historias que merecen ser contadas. Rescatamos del anonimato y del olvido escenas que desnudan lo más profundo y lo más sagrado de la condición humana. En esta oportunidad no podíamos encontrar mejor compañero de ruta. UNICEF nos abrió las puertas, nos contagió con la arrolladora potencia de su trabajo, con su inquebrantable decisión de estar en cada lugar donde son imprescindibles. Juntos tomamos testimonios de la vida real y se los confiamos a algunos de los mejores escritores de ficción. Les pedimos prestado su talento narrativo para que estas historias transmitan las emociones que siempre tuvieron y que otros pudieran volver a vivirlas.

Contar es el modo más humano de ponerse en la piel de un semejante. Nos obliga a experimentar en nuestra mente lo que han sentido otros. Es falso el lugar común que asegura que el mayor valor de la literatura es que no sirve para nada. Sin la ficción nunca podríamos comprender a nadie que no sea a nosotros mismos. Los relatos nos han hecho humanos porque nos enseñaron a vivir vidas ajenas. A intuir las, a vibrar en consonancia con los demás. Habitamos una atmósfera cargada con infinitas historias que llamamos “cultura”. Es el aire que respiramos. El alimento que nos constituye. Narrar nos dice quiénes somos, cómo somos, cuáles son los valores que dan fundamento a nuestra existencia. Cada vez que alguien ayuda a otro a sostener la vida, la especie se justifica.

Lo que estos relatos se proponen es ambicioso y profundo. Apelamos a un recurso que tiene decenas de miles de años, contar historias. Una vez más, como si todavía nos reuniéramos en círculo alrededor del fuego, nos contamos nuestras desdichas y nuestras alegrías. Es con historias que nos abrazaron nuestros padres por las noches para alejar los fantasmas del sueño. Con ellas les damos calor y abrigo a los más indefensos. Nos fortalecemos con la solidaridad que fluye de unos a otros a través de las puntas de nuestros dedos mientras nos miramos a los ojos y entrelazamos las manos. Ojalá usted encuentre en estos relatos lo que hemos querido poner en ellos. Ojalá sean útiles para acercarnos a quienes más nos necesitan. Ojalá la emoción que sacudirá su cuerpo cuando las lea encienda la voluntad colectiva para defender a quienes no pueden hacerlo por sí mismos. Todos son nuestros hijos. Nuestra es la responsabilidad social de velar por sus derechos.

Ricardo Mastandueno

Daniel Flichtentrei

IntraMed

Jose María Brindisi nació en la ciudad de Buenos Aires, en diciembre de 1969. Publicó el libro de cuentos *Permanece oro* (1996, Sudamericana) y las novelas *Berlín* (2001), *Frenesí* (2006, Emecé) y *Placebo* (2010, Entropía). Participó en numerosas antologías en la Argentina, México y España. Entre otros premios, ganó el del Fondo Nacional de las Artes (1993) y el de Casa del Escritor (2005). En la actualidad escribe para el diario La Nación, y las revistas Teatro y Otra Parte. Es además director editorial de la revista El ansia.

Sin novedad

José María Brindisi

Para Silvia, por otra historia



A veces creo que exageramos con el sentido que les damos a las cosas. Aquellos que creen en Dios no pueden evitar verlo en todas partes, tomar infinitos rostros, ocupar cada espacio con tal de que todas sus incertidumbres obtengan respuesta. Con tal de hallar un sitio, al menos, donde depositar sus esperanzas. Pero aunque para otros esa palabra no sea más que una superstición, como es mi caso, lo cierto es que solemos jugar a la lotería de infinitos modos. Buscamos símbolos, pistas, dialogamos con eso que queremos que tome la forma de un destino. ¿Cuántas veces creí vislumbrar, en el frío de la mañana, un puente hacia una vida mejor, un mundo sin sufrimientos, en el que la muerte no tuviese ningún significado? ¿Cuántas veces una pieza pareció moverse, y mover con ella el mundo entero?

Eso me pareció, aquella tarde, aquella tarde sin luz en que la tormenta se anunciaba ya como una sinfonía, cuando lo vi entrar, como lo había visto ya otras veces pero ahora distinto, ahora como si estuviese solo en el mundo, como si no necesitase a nadie. Fue una idiotez, en verdad: teníamos las mismas zapatillas, las mismas horrorosas zapatillas que a mí me habían traído de Estados Unidos —mi tío se había superado, no podía negarlo, después de tantos años de cajitas de fósforos y otros souvenirs de igual valía— y que alguien debía haberle regalado a él con cariño, con ese orgullo que conlleva la exclusividad y que a mí me había arrastrado a usarlas bastante seguido aunque me impusieran la condición de no mirar jamás hacia abajo. Lo vi entrar y lo sentí un hermano, un hermano en la desgracia, pero fue sólo una broma idiota que me hice a mí mismo porque yo sabía que él estaba, entonces, mucho más allá de las zapatillas que tuviera puestas, de afeitarse o no a la mañana, de lo que comería esa noche, de si su equipo perdía la categoría —mi propio y modesto infierno— o desaparecía del mapa. Pero era yo, y no él, y lo pienso con cierta vergüenza, el que pedía un abrazo, el que necesitaba un signo, un guiño, una revelación que me cambiara la vida.

Y quizá fue porque le vi la humedad en los ojos —que también le había visto antes, pero que ahora lo volvía otro—, quizá porque esta vez no dirigía su mirada al piso sino a todas partes, pero sin mirar a nadie, que sentí ganas de hablarle. De abrazarlo, en realidad; o ya lo dije, con algo de vergüenza por mi egoísmo sin límites, de que él me abrazara a mí, no sólo porque era un tipo grandote, mullido, suave, uno de esos tipos que tienen cara de amigos y de padres antes que de cualquier otra cosa, sino porque no había allí nadie más a quien pedirselo, nadie que me permitiera imaginar, en mi necesidad desbordada, un gesto semejante. Los amigos, los míos, parecían lejanísimos, porque en el sufrimiento estamos solos, quizá —ahora que lo pienso un poco mejor— en el sufrimiento y en la alegría extrema.

El bar comenzaba a llenarse de gente, como solía hacerlo a esa hora en la que todo el mundo abandonaba su trabajo, y aún sobrevivía ese clima melancólico, excesivamente realista, de la frustración post Mundial. Lo mismo había pasado en el de Alemania, y en el de Corea y Japón. Recuerdo que aquella vez salí a caminar, cuerdas y cuerdas para que se me pasara la amargura, y había decenas de hombres lavando el auto. Ese gesto tan nuestro, pensé, pero esta vez era diferente: esto es mío, parecían decir todos mientras corrían cientos de litros de agua, esto es mío y no me lo va a sacar nadie. Y manguereaban con orgullo, con seguridad, con suficiencia, con el futuro abierto que ya no significaba nada para ellos pero que nadie les arrancaría de las manos.

Ahora habían arriado, en el bar, las banderas, las escarapelas colgantes, todo el cotillón preparado para demostrar que ese era un lugar bien nuestro, más que ninguno, el sitio en el que había que estar para vivirlo en el *summun* de la argentinidad. El encargado tenía un gesto compungido que el correr de los días no amedrentaba, como si pidiera disculpas por la eliminación temprana, por el cuatro a cero y la humillación que los alemanes nos habían propinado y que nos devolvía, una vez más, a la

Tierra. Debía estar pensando, como un mantra demoníaco, en lo mucho que habían gastado —mucho para un barcito como ése, que apenas se tenía en pie— para agasajar a sus clientes: los toldos negros, indispensables para que el sol no cegara la pantalla, la manito de pintura en las mesas, el tapizado surrealista de las sillas, las dicroicas que habían dejado de estar de moda apenas diez años atrás, las botellas que ennoblecían la barra y que ahora sobrepasaban dignamente, en uno o dos peldaños, las virtudes asesinas del Hiram Walker. O tal vez no: tal vez estaba disfrutándolo, si esa palabra guardaba algún sentido aún para él, tal vez había encontrado un enemigo en el dueño, al que yo había visto algunas veces y que al menos —para su rabia y su frustración— no era gallego pero que acaso escenificara su modesta venganza: alguien había perdido más que él. Él, que había vivido y sepultado luego a Jonás Gutiérrez o a Maxi Rodríguez de un día para otro, que había hablado de la nobleza y de la valentía de Diego y a continuación, como si fuese otra persona, había diseccionado uno a uno todos sus errores convirtiéndolos primero en pecados, más tarde en mezquindades, más tarde en frutos de su imperdonable ignorancia villera, y que, en una obra maestra de lo interdisciplinario, se las había ingeniado para hacer de la cocaína y de la cabeza de nuestro verdugo Thomas Müller una misma cosa, era probable que hubiese encontrado, ya que Maradona o Messi —a cuyos pies, de todos modos, no me cabe duda que se hubiese arrodillado— jamás pisarían ese antro, una nueva causa, alguien en quien depositar su odio, todos y cada uno de sus tropiezos, el modo en que el destino sin ninguna duda se ensañaba ahora con él.

Pero me doy cuenta de que me estoy yendo del punto. ¿Acaso me da vergüenza confesar que lloré? No puede ser eso: me la había pasado llorando, esos meses, por culpa de Lucía (ella sí, a diferencia del Diego y del pobre de Messi, tenía la culpa de todo). Salía con los chicos, me divertía, construía de a poco una vida nueva en la que no la necesitaba y casi

casi me costaba recordarla, pero luego volvía a casa, por lo general caminando desde los bares de Palermo, llorando y reprochándome cosas en voz alta, con la impunidad y el cobijo de la madrugada. En voz alta es una manera de decir: eran susurros, una autoinmolación constante. Yo no me merecía nada, había hecho esta y esta otra estupidez, ella hacía bien en dejarme si yo no era nada y no tenía, como le reprochaba mi vieja a la mitad de sus amigos cuando discutían por lo que fuera —esos amigos cuyo único capital era, justamente, ser unos vagos hermosos—, dónde caerme muerto.

Quizá me dé vergüenza, en verdad, pensar en mis nimiedades, mi vida entera hecha o desperdiciada en naderías, en comparación —en contraste— con la de Claudio, con la vida de ese tipo cuyo nombre yo no conocía y que de ahí en más le pertenecería sólo a él. Ni Claudio Levirino, que se suicidó sin querer en Mar del Plata cuando yo dormía a menos de cien metros de su casa; ni Claudio García Satur, por quien habían llorado mi vieja y mi tía durante años, quizá por única vez hermanadas en algo que no fuera la sangre; ni siquiera *la Claudia*, ahora, significaba nada para mí. Ahora Claudio era sólo él, Claudio: el papá de Sofía. Y de Martina.

Trataba de decir que lo vi entrar, una vez más, ahora con las mismas zapatillas cuadriculadas que yo, igual de inverosímiles, y pensé entonces o sentí que algo nos unía, que ya no podía observarlo tímidamente ni dialogar con su historia en silencio, con lo poco o mucho que me habían contado. Entró con los cordones algo desatados, como las veces anteriores, y ya lo dije, con una melancolía en los ojos que lo hacía diferente, una melancolía que era menos dolorosa, o más profunda, o más viva. Se sentó junto a una de las ventanas, como siempre mirando hacia afuera, la vista perdida pero en esta ocasión como si hubiese hallado algo, allá lejos; un naufragio que sabe que eso que se asoma no es un espejismo, o que al menos quiere convencerse de eso (y siempre

me pregunto si no es la misma cosa, si no podemos vivir así hasta que al final se nos revele que estábamos en lo cierto o fatalmente equivocados; por qué no vivir de la mentira o de la ilusión cuando no tenemos ninguna otra cosa).

Se sentó, con su pinta de colectivero de otra época, y pidió su cortado en vaso, que la mayoría de las veces terminaba apurando casi de un trago, cuando ya debía estar congelado. Y fue ahí, de inmediato, que sentí unas ganas tremendas, absurdamente incontenibles, de acercármele. Yo luchaba con el final de un cuento, y como siempre cualquier razón era buena para salirme de esa pelea desigual en la que todos los fantasmas de la historia de la literatura se reían de mí. Pero no, otra vez me dejo ganar por el pudor, o por alguna otra cosa que no tiene nombre, o cuyo nombre desconozco. No fue eso; no fueron mis miedos, ni mi falta de disciplina (aunque para ser justo conmigo mismo, al menos debería reconocer que insistía: ahí estaba cada tarde, gastándome lo que no tenía en busca de una concentración que, cada vez más seguido, llegaba). No; fue él. Todo en él había cambiado: era como si la sonrisa que de seguro se escondía detrás de ese rostro fuese demasiado obvia para salir, como si fuese redundante. Tenía los ojos humedecidos, ya lo dije, pero esta vez esa humedad provenía de un lugar más amigable. Un respiro; una pieza que se había movido, eso, y que quizá arrastrara con ella un viento furioso.

Lo cierto es que tardé muy poco en confirmarlo. Ni siquiera me dio tiempo a que yo me acercara, a que terminara de animarme a hacerlo. Fue él quien se incorporó, quien se aproximó a la barra, quien levantó la cabeza en el camino y devolvió, con un gesto de asentimiento y un leve fruncir de labios, la mirada intuitiva de un par de clientes, la reacción inmediata que se dirige a quien rompe con una determinada armonía. Esa suerte de saludo era para todos y para ninguno; era casi un pedido de disculpas, por haberse movido de golpe, por hacer algo

que hasta entonces jamás había hecho, y sin embargo era antes que nada otra cosa. Eran ganas de hablar, de decir eso que, como sabría yo poco después, había querido decir durante meses. Se acercó a la barra, eligió un par de medialunas como podría haber elegido el color de una Ferrari —con esa ceremonia, con ese placer intransmisible—, y después ya no pudo o no quiso guardárselo.

“Hoy me la dieron”, le dijo al encargado, pero lo decía para todos, y también para sí mismo. “Me dejaron que la tuviera en brazos, por primera vez. La primera vez en cinco meses”. Y ahí sí: la sonrisa se le volvió tan grande que le cerró los ojos.

Y yo ya no era tan joven como para no entender, como para no compartir desde algún lugar remoto de mi experiencia lo que a él le estaba pasando. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y quise creer que no lloraba por mí, porque yo estaba triste y me conmovía con facilidad. Miré hacia otra parte, rogando que no me vieran, y unos segundos más tarde me escabullí cobardemente hacia el baño. Y no sé por qué —pero cualquiera sabe que los sentimientos jamás pueden traducirse en palabras—, ahí mismo, en el baño, hice la estupidez de llamar a Lucía. Al menos tuve el cuidado de llamarla a la casa, y no a su celular, para que en todo caso no fuese a pensar que la estaba persiguiendo (luego tomé conciencia de que por otro lado no habría registro, al menos, de ese llamado). Supongo que quise compartir eso que me estaba ocurriendo con ella, es decir con la persona menos indicada del mundo porque ya no compartíamos nada. La suerte quiso que no me atendiera, que estuviese fuera de casa; la suerte comenzaba a borrarla definitivamente de mi universo, de las escenas que podían tener alguna relevancia o significado.

Me lavé la cara, salí del baño y, sin pensarlo, al pasar junto a su mesa le pregunté si podía sentarme con él, si me aceptaba otro café. Con el café no quiso saber nada (“voy por el quinto o sexto del día”, dijo), pero

en cambio me señaló la silla que estaba frente a él y me contó, de un tirón, sin necesidad de que le preguntara nada, toda la historia.

Pero dije que lo había visto antes, repetidas veces, y tengo que hablar de eso para que la historia, me refiero más a la mía que a la de Claudio, cobre algún sentido. Había adoptado ese barcito, en verdad, algunos años atrás, cuando casi me rompí el tobillo al final de un partido y mis amigos tuvieron que llevarme al Fernández de urgencia. Durante meses, después, me la pasé yendo a rehabilitación, y siempre terminaba ahí, a unas tres cuadras del hospital, leyendo un rato. Siempre que salía con algún libro en la mochila me gustaba sentir que no había sido de adorno, así que quizá por eso lo adopté al principio, aquellas primeras veces en que iba con muletas y esas tres cuadras se me volvían un esfuerzo colosal, insoportable. Quedaba a mitad de camino entre mi departamento y el hospital, y en aquel entonces me había resultado útil por eso, porque podía descansar, dejar las muletas a un lado, sentarme a leer y simular que no estaba enojado conmigo mismo, que no estaba pensando en el retiro, un retiro que por otra parte a nadie le interesaba en lo más mínimo.

En adelante había sido poco más que la costumbre: después de todo, es infrecuente que tengamos la sensación de que algún lugar nos pertenece, así que de algún modo puedo decir que lo elegí (sin duda, dos detalles nada menores hicieron lo suyo para que le tomara algún cariño: el gato negro que rara vez no acudía a refugiarse entre mis piernas, y el hecho de que fuese uno de los escasos lugares a los que la hibridez palermitana no había destruido). Seguí yendo durante todos esos años, aunque con bastante menos frecuencia, pero desde que Lucía y yo ya no estábamos juntos era mi primera escapatoria, una de las escasas respuestas que encontraba a mi angustia. Como decía esa canción espantosa, en casa todo me recordaba a ella. Aunque se trataba

de un departamento de dos ambientes —o a causa de ello—, cada objeto tenía su nombre: o me lo había regalado, o yo se lo había prestado, o atravesaba alguna conversación, algún proyecto, alguna pelea. Y estaba la cama, por supuesto, de —con mucha voluntad— una plaza, en la que increíblemente cabíamos ambos. La cama y cada uno de los rincones, que no eran tantos, en los que habíamos hecho lo que fuera (que tampoco era tanto, para qué mentirme, no obstante en aquel momento cada recuerdo me torturaba hasta lo indecible).

Podía vivir en ese departamento —o más bien no tenía otro remedio, a falta de la voluntad necesaria para mudarme—, pero lo que no lograba hacer era escribir. Ni una palabra, durante más tiempo del que prefería recordar. Entonces agarraba mis cosas, un par de libros y el cuaderno que estuviese utilizando en ese momento, y salía para El Destino (porque ése era el nombre de mi segunda casa, de ese sucucho: un destino nada promisorio, se diría, o al menos nada claro). Y las primeras veces me sentaba mirando a través de la ventana, como le vería hacer a Claudio repetidamente, como buscando algo, allá afuera. Hasta que un buen día comencé a sospechar que no había nada; nada mío, nada para mí, nada que me evitase tener que buscar adentro. Así que lo hice. Abrí esa puerta, y salieron las primeras palabras, y en algún momento —tres o cuatro semanas más tarde— escribí una página entera sin pensar en ella. Y así sucesivamente.

Esa noche me costó dormir. Cuando lo hice ya era de día (y recordé cuando corríamos, con mis amigos, a ocultarnos como vampiros antes de que la luz nos deprimiera). No podía dejar de pensar en todo lo que me había dicho Claudio. Y agradecí al cielo —ese cielo sobre el que para mí no había nada, y sin embargo de vez en cuando me encontraba dialogando con fantasmas— que hubiésemos hablado recién esa tarde, cuando por primera vez le habían dejado tener a su hija en brazos. Sofía

tenía ya cinco meses, y había nacido apenas con veinticinco semanas, con un peso alrededor de seiscientos gramos. Traté de imaginar el tamaño y el peso, y él mismo resolvió mi tentación y me alcanzó un servilletero. Lo puso sobre mis manos y me dijo: “Un poco más que esto”. Todo había ido con normalidad, me dijo, hasta que su mujer lo despertó una mañana de un tirón y le dijo que iban a nacer. No parecía, ahora, luego de un tiempo que para él debió ser infinito, demasiado interesado en comprender qué había ocurrido. Era como si no quisiera dilapidar su energía en resolver algo que ya estaba resuelto, que no tenía solución. Llegaron al hospital con contracciones. Le dieron a su mujer una pastilla para que retuviera a los bebés, pero no hubo caso: empezaron a patear, y al rato rompieron bolsa. Me impresionaba la naturalidad con que hablaba de su otra hija, Martina, a la que llamaba siempre por su nombre, y que había sobrevivido apenas diez días. Pero entendí enseguida que, aunque debían pensar en ella a menudo, para Claudio y Mariana ahora había una única realidad: cada día que pasaba era, sin duda, un triunfo, y justamente esa tarde Claudio había ganado, por decirlo de algún modo, una batalla monumental.

“Nos dieron dos horas de vida”, me dijo, con esa brutalidad que a veces acarrea la experiencia. Yo era incapaz de imaginar ese diálogo, la cara del médico, los oídos obligados a escuchar algo que sólo puede ser inverosímil. Pero Claudio lo contaba con un esbozo de sonrisa, ahora que había transcurrido casi medio año, ahora que Sofía de a poco dejaba de resistir para, simplemente —aunque estaba lejos de ser simple—, vivir su vida. Atrás habían quedado las transfusiones, las operaciones del corazón y de la vista, el virus intrahospitalario que casi acaba con todo, los meses de apenas mirarla en la incubadora y de alimentarla con una jeringa.

“Nos dieron dos horas de vida”, había dicho esa tarde, y después: “Nosotros le contestamos al médico: *Si es la voluntad de Dios, va a ser eso o más tiempo*. Y así fue sumando, minuto a minuto”.

Yo pensaba, sentado en la oscuridad, en todo lo que me había contado, en su mujer viviendo en el hospital, yendo y viniendo esos seis pisos al principio, o durante un buen tiempo, sólo para ver a su hija de lejos, tan lejos como podía significar el no tenerla en brazos. Pensaba en Claudio, viviendo solo durante todos esos meses; pensaba en un modo de la soledad, que nunca tiene remedio, un modo de dialogar con nosotros mismos hasta cansarnos de no encontrar respuestas. Pensaba en eso, esa madrugada, y aunque había en mí algo de tristeza o melancolía también veía venir una suerte de euforia, un sentimiento que no era confuso, y no era nuevo. Entonces encendí la luz, fui hasta la mesa, abrí mi cuaderno y me dispuse a escribir. Tardé unos pocos minutos en entender que no era sobre ellos, no era la historia de Claudio y Mariana y de su hija Sofía. No: tal vez era sólo en su compañía, con su aliento. Y pese a que no avancé demasiado en el cuento con el que venía luchando desde hacía semanas, por primera vez en meses mi casa era un lugar en el que no necesitaba poner la tele a los gritos para no pensar, ni echarme a dormir con desesperación. Un lugar del que no necesitaba huir.

En alguna ocasión lo había seguido. Una de las primeras veces que me lo crucé en el bar. Yo había terminado de escribir una nota de esas que por fortuna no me tomaban demasiado tiempo ni energía: un recorrido nocturno por algún barrio, la idea de descubrir a la fuerza lo que se descubre solo, o no merece ser descubierto. Un restaurante, un par de bares; puras idioteces para jetear en las sobremesas con amigos.

Ese día Claudio llegó como apurado. Su entrada era siempre enérgica, pero esa vez se lo veía ansioso, incluso recuerdo que no dejó de agitar, mientras el café se le enfriaba como de costumbre, un sobrecito de azúcar. También marcaba, con el pie, un ritmo inexacto, como una máquina imperfecta. Más tarde supuse, cuando el encargado me contó lo que sabía acerca de él, que estaría a la espera de alguna noticia.

Se quedó apenas unos minutos, y yo, que ya había pagado e incluso estaba por irme cuando hizo su aparición, decidí salir detrás, seguirle los pasos sin saber por qué, o sin ponerle nombre a eso que era una inquietud, o una intriga. Caminamos juntos, aunque a unos veinte metros de distancia, esas tres cuadras y pico que nos separaban del hospital. Subió las escaleras, y yo tuve que contenerme, o preferí hacerlo; había algo, un impulso inexplicable que me empujaba a seguirlo hasta las últimas. En cambio, seguí caminando un rato. Primero rodeé prácticamente el hospital, pero luego me abrí por Bulnes, hasta llegar a Las Heras, y por ésta hasta el Botánico. Se me ocurrió entrar; amaba el silencio impreciso e improbable que se generaba allí dentro, ese espacio rodeado de avenidas que sin embargo se las ingeniaba para ahuyentar su influencia. Pero ya debía estar cerrado. Así que tomé a la izquierda por Santa Fe, pensando en ese tipo del que aún no sabía nada, y caminé otro buen rato, sin poder sacármelo de la cabeza, pensando en algo que él tenía, y yo no. Y fue como si despertara de golpe: en una calle cualquiera de Villa Crespo, buscando un taxi que me llevara a casa.

Luego de aquella primera tarde, el ritual cambió. Se acercaba a la barra, pedía su cortado en vaso —que ahora tomaba a medias— y se acercaba a mi mesa a charlar, nunca mucho más de media hora. Me acostumbré a esas conversaciones que se repetían casi a diario, y en algún momento tuve la feliz sensación, aunque ahora me reproche la pedantería de darme alguna importancia, de que esos encuentros le servían, del modo que fuera. En verdad intuí ese modo cuando después de algunos días en que casi no hicimos otra cosa que hablar de Sofía empezó a preguntarme por mí. Cada vez más rápido salía de su vida. Me contaba las novedades, que no eran muchas —y eso era una buena noticia: todo iba en orden—, y enseguida hablábamos de otras cosas: y ahí yo le contaba de los libros que pensaba escribir, de estos

cuentos que por ahora se resistían bastante, y de los viajes que proyectaba, casi más importantes para mí que todo el resto, tal vez porque en aquel entonces me resultaban inalcanzables. Supongo que para él, que trabajaba en una empresa de electrodomésticos, el mundo de alguien que se la pasaba leyendo y escribiendo debía pertenecer a otro sistema solar. Yo trataba de explicarle que el asunto no era tan romántico como parecía, que muchas veces uno dependía exclusivamente de su voluntad y eso significaba cargar con una presión desmedida, que a veces había que viajar de una punta a otra de la ciudad para cobrar dos centavos. Pero él asentía, esbozaba una sonrisa y se quedaba callado, pidiéndome más.

Me acostumbré a su modo de pausar todo lo que decía, y a su modo de escucharme. En el fondo sabía que su cabeza estaba en otra parte, pero se trataba de un intercambio bueno para ambos, y eso hacía que funcionara. Me acostumbré, también, a recibir sus buenas noticias, y con frecuencia me encontraba en cualquier momento del día pensando en Sofía, en esa beba a la que alguien, algún día, tendría que contarle cómo había peleado por su vida. Y si hablo de costumbre es porque después sentí la falta. El primer día que no vino lo tomé con naturalidad; alguna que otra vez había ocurrido. Al segundo me preocupé. Al tercer día estaba decidido a ir al hospital; conocía sus nombres, así que no podía ser muy difícil saber de ellos. Pero esa tarde al fin apareció. Volví a preocuparme cuando le vi el gesto, de inquietud o angustia, hasta que me dijo lo que ocurría: ese día se la llevaban a casa. Habían estado preparando todo para darle los cuidados que necesitaba. “No tenía tu número, si no te hubiese avisado.” Le dije que no importaba, que era la mejor noticia del mundo. Lo era, sí. Pero dijo que tenían miedo. Que Mariana casi había peleado con los médicos porque prefería que estuviese ahí, donde la iban a cuidar mejor.

Ese día no tomó su café, y apenas se sentó. “Vine a despedirme”, dijo. “Y a agradecerte.” No había nada que agradecer, le respondí. O sí, al contrario: el que debía estar agradecido era yo. No sé hasta dónde él habrá advertido que no lo decía porque sí.

Aunque la noticia me alegraba profundamente, no podía negar que había algo de tristeza también, o de melancolía, algo que se colaba en mí sin que yo le diera cabida. Extrañaba esas charlas, pero también es posible que extrañara ser parte de ese milagro, sentir que en algún lugar yo estaba haciendo lo mío, por poco que fuera. Luego de algunas semanas dejé de pensar en él, y por otra parte salía menos de casa porque se había vuelto otra vez, lentamente, un lugar en el que me sentía bienvenido. No era que no pensara en Lucía, de hecho lo hacía bastante seguido; sólo que ya no hacía las cosas contra ella, quiero decir contra el peso de su recuerdo, y cuando esos recuerdos llegaban era cada vez más usual que lo hicieran si no con alegría, casi sin amargura.

Para las Fiestas, cuando Sofía ya debía estar cerca de cumplir un año, recibí en el bar una postal de Claudio. Era una postal de la Torre Eiffel, y tenía un mensaje muy breve: “No olvides que París te está esperando”. Y en la posdata: “Por acá todo muy bien, sin novedades”.

Un año más tarde, para la misma fecha, llegó otro sobre. Había una foto de una nena, preciosa y sonriente. Y también una postal. Esta vez era de Londres, del Big Ben, y decía solamente: “¿Y?”. La posdata era algo menos escueta: “Todo sobre ruedas, amigo. La vida sigue”.

Los siguientes dos años, en la misma época, volví a recibir —colándose en las postales de Roma y de Madrid— noticias suyas. Noticias que no eran tales, en realidad, porque por suerte no había novedades. Debía haber millones de cosas para contar, como las hay en la vida de cualquier padre, pero lo más importante era el rumbo, que no variaba.

En estos años mi vida no ha cambiado demasiado, y eso quiere decir que también sigo mi rumbo. Publiqué otro libro, y salgo con una chica que de vez en cuando se encarga de recordarme el privilegio de hacer lo que hago, lo que muchos querrían hacer.

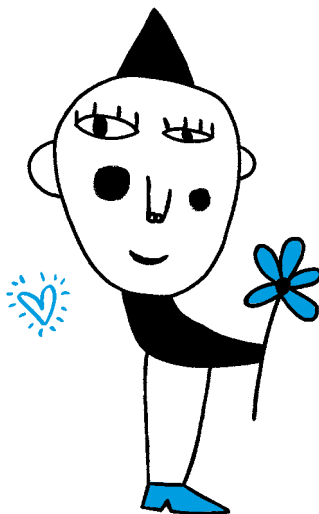
Pero además estoy de viaje, ahora en Berlín. Esta tarde saqué unas fotos del Tiergarten, y de las calles de Prenzlauer Berg, que no salieron nada mal, y cuando en unos días tenga algunas de la infaltable París voy a mandárselas. Todo es distinto a como lo imaginé, y a la vez es parte de lo mismo, de algo que no cambia.

Es eso, apenas. La vida sigue.

Ana Cerri nació en Rosario en 1947. Estudió Ciencias de la Comunicación (UCA, Rosario), Psicología del Profundo (Universidad Gregoriana, Roma) y Teología (Colegium Teresianum, Roma). Su libro *Límite Oeste* inició la colección de narrativas de ediciones Peak-a-Boo. Sus cuentos han sido publicados en la *Revista Ñ*, en la página de la fundación TEM, en la revista *Kundra* y en el sitio de internet “Muchos días felices”; también han sido leídos por la poeta Diana Bellessi en el *blog* de Patricia Kolesnicov. Su segundo libro está en preparación.

Ochenta por ciento

Ana Cerri



Llegamos a casa con el corazón en un puño. Julián apretaba mi mano tan fuertemente que me hacía doler. Doler con un dolor que no era nada comparado con lo que los dos sentíamos adentro, quemándonos.

Él se recostó; estaba extenuado. Yo di vueltas un rato tratando de hacer algo: acomodar, buscar... algo. Me fue imposible.

“Tengo que saber”, me dije.

Y casi sin pensarlo encendí la PC y escribí en la página del buscador: **PREMATUROS.**

Nuestra hija, Mercedes, había quedado en la clínica, desnuda, enchufada, pequeñísima y desvalida de nuestro abrazo. Fui una paciente pre-ecláptica, primeriza y, a pesar de los controles periódicos, esto nos tomó de sorpresa. Mercedes nació con veintiocho semanas de gestación y alto riesgo de no superar la prueba que significa la prematuridad.

“Veinte por ciento de posibilidades.”

Entendí claramente: junto con los hijos nacen los padres, y ahora sé también que con un prematuro nacen padres de prematuros y que esta marca la llevamos toda la vida.

El día que volvimos de la clínica a casa estábamos muertos de soledad, desvalidos de información. Nada, prácticamente nada nos dijo el único médico que tenía a su cargo la parte de neonatología. Pocas palabras, difíciles de comprender y acompañadas por una mirada fría que se estrellaba en los azulejos del pasillo.

“Veinte por ciento de posibilidades.”

Fue ese día que encendí la PC y busqué: **PREMATUROS.** Busqué, pero no podía quedarme quieta. Iba con el procesador de la cocina a la sala, y de nuevo a la cocina y otra vez a la sala y siempre era la misma sensación: la de hacerme pedazos contra el vidrio que mantenía a Mercedes lejos de mí, lejos de su padre, acariciada sólo por vías y tubos plásticos, encadenada a un veinte por ciento de esperanzas de vivir.

Había un hueco en mi cuerpo; un asombro en mi vientre deshabitado de golpe; un desasosiego que me tenía como un fantasma deambulando con la *laptop* de un lado para otro mientras en el casillero de Google me esperaba una palabra: PREMATUROS.

“Veinte por ciento de posibilidades.”

A veces ser arrojados de pronto y sin aviso a la realidad suele ser una bendición.

Entré sosteniendo la PC como si fuera una bandeja al cuarto que habíamos empezado a preparar para Mercedes. Nada del otro mundo. Una habitación pequeña, recién pintada por su papá; un cambiador, una mesa chica y una silla. No había cuna. Ella se había adelantado sin darnos tiempo a casi nada más que a lo que, de a poco, pudimos ir poniendo. Somos gente de trabajo, vivimos bien pero sin exageraciones y nos fuimos dando el tiempo para componer el lugar que sería de nuestra hija por unos cuantos años. Tampoco tenía mucha ropa aún. La que estaba sobre la mesa, comprada por sus abuelas y, eso sí, pañales que íbamos trayendo nosotros cada vez que podíamos, pañales buenos.

Apoyé la PC y acerqué la silla. Lloré mucho tiempo sentada ahí. Quería seguir llorando y no parar; vaciarme de todo el dolor que me mordía las entrañas, pero había sido arrojada a la realidad: era una madre prematura con una hijita prematura; un esposo, padre prematuro y un médico pétreo, ajeno al ansia de una palabra a la que aferrarnos.

Las mujeres solemos ser más fuertes en situaciones así, o más arriesgadas, tal vez. Decidí entonces ponerme al frente de la prematuridad. Ahora sé: es lo que haría toda madre. Y lo haría a pesar del “veinte por ciento de posibilidades”.

Salí del cuarto, me lavé la cara, hice café mientras, con la ventana de la cocina abierta, dejaba entrar el aire; después volví al cuarto de nuestra hija: al cuarto inconcluso de la “inconclusa” y casi desconocida Mercedes. Así lo hice durante un mes y diez días cada vez que regresaba de la

clínica, de esperar inútilmente en el pasillo, de enfrentarme con la escasa y poco convincente explicación que dejaba como al pasar el médico. Anoté en mi cabeza palabra por palabra, siempre insuficientes, duras, secas; las repetí con tozudez y las busqué con esperanza y desesperación al mismo tiempo, tratando de entender.

La espera de un enfermo o de alguien que tiene a un ser amado en esa situación es desoladora, pero lo es más cuando quien tiene que contener, ir diciendo las cosas, marcar las posibilidades, habla difícil o pasa de largo.

Hice mi camino, entonces. Hablo en primera persona porque era yo quien se empeñaba en tener toda la información pero, siempre a mi lado, compartiendo, preguntando y escuchando, estaba Julián. Nos estábamos haciendo más unidos en esta orfandad de hija en brazos. La familia también estaba muy cerca y todos tratábamos de espantar la frase más repetida, más hiriente: “Veinte por ciento de posibilidades”.

Supe que la pre-eclampsia también era llamada la “enfermedad de las teorías”; conocí los porcentajes de madres que pasan por esa situación; cuántas viven, cuántas mueren, cuántos bebés superan y cuántos no las consecuencias del nacimiento antes de tiempo. Volvíamos dos, tres y más veces por día a la clínica con Julián y seguíamos chocándonos con la negativa.

“No se puede, es peligroso, no hay adelantos, pesa un poco menos, no podemos alimentarla, no hay que moverla...”

No, todo no, siempre no.

Pero mediaba la bendición del golpe contra la realidad y me sentí guerrera. Guerrera con una computadora como arma y montada en el dolor y la intuición. Guerrera detrás de un vidrio que frecuentemente empañaba con lágrimas; guerrera decidida a no flaquear. Un mes y diez días así, queriendo comprobar de lejos si su piel era demasiado fina, si sus orejitas se hacían algo más grandes, si se movía un poco, si su

cuerpito se ponía más a tono con la cabeza que parecía enorme, desproporcionada. Un mes y diez días con el frío informe del médico y la indiferencia de las enfermeras, hasta que este golpe contra la realidad arrancó de mí el grito ancestral del parto y lo puso en una sola palabra: ¡BASTA! Esa espera era inútil, como inútiles eran mis pechos rebosantes y el intento de humanizar al equipo que no era equipo.

El día del hartazgo nos hablaron brevemente de *ductus arterioso* y de una operación del corazón como única salida. No esperamos el final de semejante despropósito. Tomados de la mano más fuertemente que nunca, volvimos a casa. Julián tenía los ojos hinchados, lloraba en silencio. Preparé algo caliente para los dos y le pedí que se acostara, que tratara de descansar. Él debía seguir trabajando como si nada ocurriese. Me quedé a su lado hasta que se durmió y volví al cuarto de Mercedes.

Ductus arterioso: afección en la cual un vaso sanguíneo no se cierra. La palabra “persistente” significa “abierto”. El conducto arterial permite que la sangre circule alrededor de los pulmones del bebé. Poco después de que el bebé nace y los pulmones se llenan de aire, el conducto arterial ya no se necesita. Por lo regular, se cierra en un par de días después del nacimiento...

Pulmones, corazón: Clínica Favaloro.

Rápidamente llamé y con una atención a la que no estaba acostumbrada, me dieron los datos y las razones por las que era conveniente comunicarnos directamente con el Hospital Garrahan.

—Ahí todo funciona a la perfección y son especializados —me dijeron.

Hospital Garrahan: de mi parte, la decisión estaba tomada. Y es más: sentí que debíamos haberla tomado antes de que pasara ese terrible mes. Ya por teléfono, solamente por teléfono, pude percibir la preocupación, el interés y la profesionalidad. Fue como sacar la cabeza del agua después de haber estado hundida hasta no poder más.

A la mañana bien temprano le dije a Julián lo que pensaba. Había hecho todas las averiguaciones por mi cuenta. No quería que él albergara esperanzas inútilmente. Cuando todo me quedó claro, le conté; si estaba de acuerdo, ya mismo lo pondríamos en práctica. Sentí, por primera vez, que me miraba confiado, descansando en mí, y eso me alentó.

Tomé los teléfonos, hice los contactos, anoté nombres, mandé *mails* y corrí. Aunque fuese desde lejos, quería verla. Me aferré al vidrio sin llanto y a la distancia le prometí a Mercedes que no habría *ductus arterioso* ni frialdad médica ni nada, absolutamente nada que pudiera detenernos. Ahora había que apelar a la serenidad y bajar el grado de desasosiego que, casi siempre, juega en contra.

Buenos Aires queda a noventa kilómetros de aquí. Hay más de una hora de viaje. Había que contar con una ambulancia de alta complejidad para traslado de prematuros. La incubadora es el vientre materno fuera del cuerpo, y los cambios de temperatura son muy riesgosos.

Debíamos empezar dando pasos justos, y no sería fácil. Nos opusimos terminantemente a la operación que nos aconsejaron desde el hospital. Lo hicimos terminantemente y soportando la resistencia que nos presentaron. Cuando supimos que la unidad de traslado estaba lista, firmamos los papeles para el alta voluntaria asumiendo toda la responsabilidad sobre los peligros a los que, se suponía, Mercedes sería expuesta.

La palabra segura y cálida tiene el poder del agua en el desierto: sacia. Desde la llegada de la ambulancia, notamos que todo era distinto. Particularmente, sentí como si entrase en un ámbito de protección en el que sostenerme sería mucho menos desgastante y penoso.

Ésa fue la primera noche en mucho tiempo en que pude dormir un poco más y sin los sobresaltos de las otras, en las que me paseaba por el cuarto de nuestra hija sin dejarle paso al sueño. Dormirme me parecía un abandono más; era como abandonarla a un desamparo mayor.

Llegó la unidad de traslado. Todo lo indispensable para que quedase claro que era nuestra voluntad salir de allí estaba firmado. Había sol ese día de abril. Un sol cálido que bailoteaba entre los fresnos rabiosamente amarillos. No lo noté hasta entonces, pero había perdido la capacidad de apreciar colores, olores y paisaje, aunque fuera el habitual. No registraba nada que pudiera desviarme el pensamiento de mi hijita. Fue una buena señal volver a percibir ese otoño madurando en los árboles y en el sol.

Antes de subir la incubadora nos mostraron el interior de la ambulancia y nos explicaron las precauciones que se toman en estos casos. Estaba protegido de modo que los ruidos no llegaran y la temperatura no variase. Tenían, además, monitores, humidificador y aparatos muy específicos. Queríamos, con Julián, partir lo antes posible, pero comprendimos que las explicaciones que nos daban eran el modo de introducirnos, como se debe, a la situación de padres prematuros. Era seguridad lo que intentaban darnos. Yo lo valoré profundamente, y el sentimiento de estar protegida se hizo más fuerte.

Julián salió primero. Un amigo lo llevaba en auto. Yo viajaría adelante, en la cabina junto al chofer. Atrás, con Mercedes y aislados de la parte delantera, irían el médico neonatólogo y una enfermera especializada.

Llegamos al Garrahan. La ciudad me fue abriendo paso. Así lo viví. Era un refugio grande que nos recibía después de andar a la intemperie un mes y diez días. Se alejaba de mí aquella retahíla dolorosa que martillaba permanentemente mi cabeza y que, después supe, también la de Julián: “Hay solamente un veinte por ciento de posibilidades”.

Mercedes pasó de la ambulancia a la sala de NEO. Julián y yo nos alojamos en un pabellón exclusivo para padres. Esas sí fueron mis primeras horas de dormir seguido, aunque soñé. Soñé con el médico mudo pasando sin mirarnos; soñé con el vidrio infranqueable y con el cuarto inconcluso de Mercedes, que se había convertido en mi guarida. Creo que soñé por el hábito de soñar que se había enraizado en las escasas

horas en las que el cansancio me ganaba. Veníamos tan maltratados de silencios, tan ignorados en nuestra impotencia, que todo nos pareció un cielo abierto.

Ya hacía frío. Julián se fue temprano a Retiro para buscar ropa y poner en orden su situación en el trabajo. Veníamos tan maltratados de silencios, tan ignorados en nuestra impotencia, que todo nos pareció un cielo abierto.

Yo estaba un poco perdida, pero había otras madres. Se crea en el albergue del Garrahan una especie de cofradía que empieza a arrojar la zona desnuda del alma. Desayuné conociéndolas y dejándome proteger. Pasamos por una charla de consejos sobre cómo movernos en “neo”; cómo alzar a nuestros hijos; cómo pasar las manos por los costados de la incubadora. Ordenamos los cuartos después y me acompañaron hasta la sala en la que Mercedes y otra cantidad enorme (eran tantos que me asombré) de prematuros estaban entre enfermeros, varones y mujeres que se movían con una seguridad y una solvencia que daban tranquilidad.

Al día siguiente hubo una charla sobre masajes que podían hacerse al prematuro cuando se lo tenía en brazos. Hubo también una explicación sencilla sobre el beneficio del “piel con piel” o “madre canguro”. No reemplaza a la incubadora, sin embargo la madre es un calefactor capaz de estabilizar la temperatura en los treinta y siete grados. El abrazo ayuda a la vasodilatación. Todo era intenso y alentador, pero tanta había sido la negativa en ese mes que veía lejana la posibilidad de ser el calefactor de mi hija.

“Esto no es para mí”, pensé. No dejan alzar a nadie con el veinte por ciento de posibilidades de vida.

Me equivoqué.

Quedaron atrás el vidrio, la frialdad, la lejanía. El ofrecimiento de la enfermera me paralizó. Extendí los brazos y dejé que los cables fueran

acomodados sobre mis hombros. Mercedes estaba contra mi pecho; la piel de mi hija contra mi piel y mis manos, enormes, temblaban en el primer abrazo.

Pero no lloré. Discipliné mis ojos para que la chiquita no sintiera el llanto de su madre, aunque ese llanto fuera de gozo infinito.

No había sido tan consciente antes, pero mi cuerpo todo empezó a sentirse vivo. En mi vientre, el vacío desaparecía; mis senos fueron resucitados cuando su manito se movió, buscándolos.

Julián regresó a la noche siguiente. No le dije nada, solo lo conduje. Las puertas se abrieron sin ninguna negativa y él, incrédulo, me siguió hasta la sala de “neo”. Temblaba, no se animaba a pasar su mano por el anillo. Mercedes se movió; berreó un poco como reclamándole coraje, y finalmente él pudo. Era una cadena de esperanza: Mercedes tomada de su índice, y Julián, con su mano libre, aferrado a mí.

El eco que me golpeaba en el sueño empezó a desaparecer.

Pasaron dos meses. Nadie habló ni del veinte por ciento de posibilidades ni de operar porque el *ductus arterioso*... no, de nada.

Julián vivía apurado por regresar cada semana. Se emocionaba con el crecimiento de Mercedes. La miraba con ojos que, hasta que la pequeña habitó en sus brazos, yo había desconocido.

Empezaba el invierno y la pediatra, mujer contenedora y firme, con una capacidad de comunicación enorme, nos dijo que podíamos irnos a casa.

Los tres. A casa.

Era verdad que nos asustaba el frío; que nos atemorizaba estar lejos de los médicos, pero nada sería tan terrible como lo que ya habíamos pasado.

Nos fuimos.

La casa nos recibió tibia, acogedora. Había que cuidar en extremo la temperatura; monitorear la recuperación nutricional; estar atentos al ritmo de su respiración. Había aumentado de peso y no podíamos permitir que bajara. Cada día era un desafío y lo enfrentamos. Los tres lo enfrentamos.

El cuarto de Mercedes estaba terminado. Los abuelos y Julián habían dejado todo listo. Pero preferimos que ese primer tiempo estuviera con nosotros, en nuestra habitación.

Nos habían dado las fechas de los controles y las respetamos a rajatablas. Teníamos todos los teléfonos y, para más seguridad, también los tenían los abuelos. Ante cualquier duda, llamaríamos inmediatamente al Garrahan. Había una distancia considerable, pero que en el hospital estuvieran veinticuatro horas a disposición significaba estar más cerca que con un vidrio de por medio y en nuestra propia cuidad. No hizo falta acudir a esa emergencia. Fuimos, primero, cada quince días; después, cada mes, y a medida que Mercedes derrotaba con fuerza el veinte por ciento de posibilidades de vivir, creciendo y respondiendo a los estímulos, la tranquilidad nos fue recompensando.

Cada vez que volvíamos al Garrahan por los controles yo recordaba aquel camino de ida. Parecía lejano. Había paisaje a los costados. Había luz. Aquel primer sol otoñal que me devolvió la capacidad de percibir que había vida alrededor se volvió sol de verano. Ahora nos acompañaba la certeza. Es que la fragilidad de quien amamos nos hace fuertes, tan fuertes como nunca creímos ser.



Han pasado tres años. Mercedes ha crecido bien, se ha puesto charlatana, juega y está atenta a todo lo que pasa. Yo no he vuelto a trabajar. No me convertí en una madre obsesiva pero sé, sin embargo, que hay cosas a las que debo estar atenta. Los ojos de una madre, así como lo fue la piel al principio, son el punto que mantiene el equilibrio que siempre da el amor.

Salgo, a veces, por trámites o cosas que hay que hacer fuera de la casa. Nació, espontáneamente entre nosotras, una forma de saludarnos.

Cuando vuelvo, ella corre a la puerta (Julián me dice que a veces espera muy cerca, para escuchar), entonces la abrazo y la alzo:

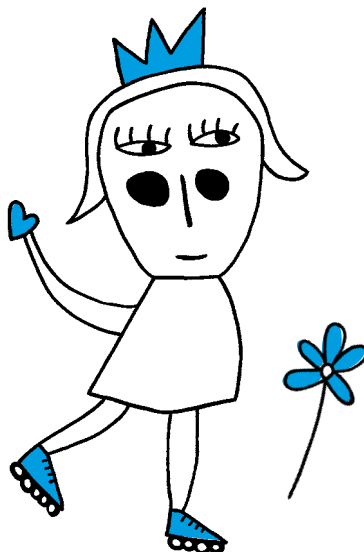
—No sé qué haría sin vos —le digo mientras giramos.

—Ni yo sin vos, mami —me dice, acurrucándose en mi pecho como cuando era su “mamá canguro”.

Virginia Cosin nació en Venezuela, en 1973, pero es argentina por adopción. Se recibió de dramaturga en la Escuela de Arte Dramático. Trabaja como periodista cultural y coordina talleres de lectura y escritura. Publicó la novela *Partida de Nacimiento* en editorial Entropía y una serie de cuentos en diversas antologías y revistas. Ha colaborado en *Revista Ñ* (Clarín), el suplemento *Radar* (Página 12), las revistas *Brando*, *Otra Parte*, *Anfibia* y el blog de la librería y editorial Eterna Cadencia. En 2012 recibió la beca a la creación del Fondo Nacional de las Artes.

Antes

Virginia Cosin



Toby

¿Desde cuándo estoy acá? Estar. Acá. Ser. Ahora. No conozco las palabras. Nada significa nada. Nado. Nado en este líquido viscoso, está oscuro, es cálido, me balanceo, oscilo, rodeo las paredes de esta pileta redonda. De esta bóveda. Nada empieza y nada termina. Acá se está, pero no se es. Todavía no soy. ¿Qué soy? ¿Cuándo comenzaré a ser? ¿A ser qué? Dulce espera. Ellos esperan. Me esperan. Yo no. No estoy en el tiempo, pero ocupo espacio. Un espacio ínfimo. No tengo pasado y todavía no sé nada del futuro. No sé. No soy. Vibro. Coleteo. Floto. Soy una misma cosa indiferenciada, un organismo, células, choques. Una cadena con información, la suma de dos, una suma teológica, cuántica. Órganos en construcción. Hay ondas que se expanden desde el centro de esta caverna que me aloja. Todavía no escucho. No tengo oídos. Cuando empiece a desarrollarse mi compleja arquitectura auricular, el sonido tal vez conmueva todo mi cuerpo, el cuerpo que todavía no soy. Ayer no tenía dedos. Hoy asoman estos muñones, redondos en la punta, sin afilar. Huesitos cartilaginosos. Soy un cerebro. Fibras que se conectan, emiten señales, irradian frecuencias. Soy un corazón latiendo. Bombeando sangre. En todo lo que me rodea hay sangre. Me baña, me alimenta, me unta, me abriga. Un corazón y un cerebro. Hace unos días no había nada. Órganos. Órganos que ponían en funcionamiento un complejo engranaje destinado a satisfacer las necesidades de un solo cuerpo. Y ahora. Esto que soy, que estoy empezando a ser, que seré, acá, abriéndose paso, haciéndose un lugar, empujando. Cuando esta cola ineficiente comience a cobrar forma y a ramificarse, cuando el tronco se alargue y mis dos mitades arrastren con ellas sus extremidades voy a saltar, a patear, a derribar paredes. Por ahora estoy cómodo. Mi cerebro empuja la tapa de este cráneo que ahora parece solidificarse, todo lo que parecía suave y blando comienza a endurecerse. Soy un seré. Un preparado. Una fórmula. Una apuesta. Una proyección. Una

receta. Un prospecto. Una lista de contraindicaciones. Cero voluntad. Si quisiera detenerme, si quisiera querer, si fuera posible tomar una decisión, preferir, elegir... No. Puedo lo que no sé. Sé lo que no puedo. Si supiera lo que me espera, si las cosas tuvieran nombre, si significaran algo, si el origen tuviera lógica, sentido ¿estaría acá? ¿Elegiría vivir si la palabra vida o mundo significaran algo? Tengo lo que todavía no tengo. Soy pura potencia. En la mudez de mi voz se alojan todas las palabras que podrían ser dichas. Todas las mentiras, todos los deseos. Todo salvo la verdad, esa mentira grande como una casa con pasillos, puertas, ventanas, habitaciones y jardines, escaleras caracol, comedor, planta alta, baja y subsuelo. Este pequeño órgano esponjoso y húmedo que crece dentro de mi propia cavidad es el que va a proveerme del mecanismo necesario para la succión. Para alimentarme. Para ingresar a mi cuerpo nutrientes. Para chupar. Chuparlo todo. Lo que sea, lo que se me ponga adelante. Y cuando haya probado cada textura, forma y color, empezaré a hablar. La lengua improvisará contra el paladar, los dientes. Va a zigzaguear en el aire. Va a empujar y a friccionar. Lamer y ahuecarse para juntar saliva y escupir. Esta lengua será culpable. Esta lengua va a pecar, a darle forma a un mundo sin forma, va a ligar un sonido con otro hasta construir un envoltorio que contendrá cosas. Mamá. ¿Cuánto hay dentro de ese envoltorio? ¿Qué estaré diciendo cuando pueda decir m-a-m-á? Ahora no puedo decir nada porque es mamá la que me envuelve, me tiene adentro y yo no puedo nombrarla porque somos la misma cosa, un mismo cuerpo, mamá y yo. ¿Qué soy yo? ¿Qué palabra soy? ¿Qué nombre tengo? ¿Qué es yo? Lo que imaginan de mí. Una fábula, un relato, un cuento. Multiplicidad. Infinito. ¿Qué papel me está reservado dentro de la trama familiar? ¿En qué puesto quedaré? ¿En qué momento voy a llegar? Mi capital acumulado hasta ahora: un tejido frágil y transparente a través del que se llega a ver un ramal de venas que llevan y traen sangre, un montoncito de cartílagos y otros fluidos. Pero

debajo de esta hay otra trama, una trama invisible, silenciosa, de hilos superpuestos que van desde las cenizas de mis ancestros hasta las dos células que me formaron. Soy el producto de siglos de historia. Hay, en esta materia que comienzo a ser, un cúmulo de pasiones desgarradas. Ya soy, estoy siendo: una suma de ausencias, la realización de un deseo que nadie llegó a cumplir.

De todo lo que se puede ver y tocar se puede entrar y salir. Un cuerpo es algo incompleto. Una pieza rota. Estoy emprendiendo un viaje hacia un lugar que no existe, al que nunca voy a llegar, un viaje hacia mí mismo. Un viaje del héroe sin héroe. Una novela de iniciación sin iniciación. Mi única peripecia consiste en nacer.

Miranda

¿Cuál es la forma del deseo? ¿De mi deseo? ¿De mi querer? ¿De mi afecto? ¿Cómo supe que mi cuerpo quería? ¿Qué quería? Me transformo de adentro hacia afuera. Presión. Desplazamiento. Contracción. El vientre empieza a hincharse, la piel brillante, tensa como el parche de un tambor. ¿Cómo puedo querer algo que todavía no existe? Que existe como una parte de mí, que soy yo. Carne de mi carne y sangre de mi sangre. Aunque no sé qué soy yo. Quién soy. Estas manos ¿son mías? ¿Estas líneas alrededor de mi boca? Son nuevas, antes no existían. Yo no voy a existir más. Algún día, no más. ¿Y qué va a quedar de mí? Va a quedar una parte de lo que ahora somos. Cuando más tarde, dentro de un tiempo, se separe de mí y sea él y yo no sea. Va a quedar solo. Como quedé yo el día que mi madre se fue. Pero qué digo se fue. ¿Se fue adónde? Se desintegró. Se deshizo. Desapareció. Dejó restos, residuos. Objetos, historia, recuerdos.

Siempre quise ser madre. Antes, esposa. Estudiar, recibirme. Tener una casa. Llevar las cuentas. Organizar. Comprar cortinas. Cocinar. Trabajar. Cuando era chica prendía fuegos imaginarios y calentaba ollas en

cacharros de plástico, amamantaba a mis muñecas con pechos todavía planos y pegaba sus bocas a mis pezones rosados y redondos como escarapelas. La vida no me dio muchos sobresaltos. Ahora. Ahora soy un recipiente. ¿Un huevo? Un huevo que aloja una yema dulce y amarilla en su interior. Estoy completa. No me falta nada.

La Tierra gira con tanta lentitud que lo que estaba arriba ahora está abajo y nada se vuelca, todo se transforma. La Tierra se mueve. Aunque me condenen: se mueve. El tiempo es movimiento. La pintura de las paredes todavía está húmeda, celeste porque dijeron varón en la ecografía y entonces un nombre. Hay que pensar un nombre. Ponerse de acuerdo. Los animales no tienen nombre, los cachorros son libres, no los ata al mundo un sonido, una cadena de sentido. Mi hijo va a ser, va a tener que ser alguien. Voy a elegir por él. Lo primero que va a tener para él solo es un nombre y eso lo va a separar de mí. Yo soy yo y vos sos vos, le voy a decir. Te vas a llamar Toby.

Toby

Cuando nazca sabré qué clase de criatura soy. Hombre o animal. Pichón, potrillo, cabrito, cachorro, niño. Pero hay que esperar. Hay que saber esperar. Esto no sé de dónde me viene, este saber. Si de donde vengo es ningún lugar, el infinito, la inmensidad abierta e indefinida de la no existencia, para mí todo es una y la misma cosa, no existe la diferencia, es decir, el lenguaje, la ley, lo que corta y separa a las palabras de las cosas, a lo presente de lo ausente, al pasado del futuro, a lo vacío de lo lleno, a lo cerrado de lo abierto, todo lo que se necesita para distinguir algo tan simple como lo que sí y lo que no. Dios no me dice nada. No me habla. No significa nada. ¿Dónde está el significado de lo que no tiene, nunca tuvo, significante? Dios es el eslabón perdido en la cadena de sentido. Hace apenas un tiempo nadie habitaba este hueco que ahora relleno. ¿Por qué? ¿Es válido preguntar por qué desde ahora?

¿Quién me dio ese derecho? Nadie. ¿Tengo huellas? Tantas preguntas. Tanta espera. Este arrullo que me viene de afuera, creo que lo escucho, creo que por fin oigo. ¿Qué me falta todavía? Cabeza: tengo. Cerebro: tengo. Nariz: tengo. Oídos: tengo. Boca: tengo. Lengua: tengo. Corazón: tengo. Hígado: tengo. Columna vertebral: tengo. Codos, rodillas, manos, dedos: tengo. Pulmones: tengo. Genitales: ¡Tengo! Estoy listo. No voy a perder más tiempo. El mundo. Quiero ver, saber, gustar, probar, tocar, oler, hablar, hablarle al mundo. Y escuchar, quiero escuchar y no solo oír. Un galope. Un sismo. Maremoto. ¿Es mi corazón el que se acelera o es el gran corazón del centro de mi guarida el que bombea con fuerza desatada? Conmueve mi cuerpo, todo mi alrededor que también es mi cuerpo, o no. ¿Dónde empiezo y dónde termino? Esta sogá, este cordón grueso, esta tripa azulada que me mantiene con vida, ¿es parte de mí? ¿Me lo llevo puesto? ¿Qué tengo que hacer ahora? Estas paredes me comprimen, me presionan. Es una caricia, un masaje un ¡ay! ¿Pero qué es esto? ¿Dolor? ¿Así se llama, así se le dice? Ya no hay vuelta atrás. Probé el fruto del árbol prohibido y ahora voy a ser expulsado. El precio de saber: trabajar y sufrir. Caín mata a Abel. O Abel a Caín. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Transgredí la ley. La ley de la naturaleza. Tengo que nacer ahora. Antes. ¿Antes de qué? Antes de tiempo. Pero si yo no sé lo que es el tiempo. Me estoy abriendo paso, mi cuerpo es un puño cerrado.

Miranda

En mitad de la noche, del sueño, de la inconsciencia, una puntada. El vientre se contrae. Se endurece. ¿Quién se está equivocando? Hay un error. ¿Es la naturaleza? ¿O es Dios? ¿O es el reloj? ¿Cómo detener esta fuerza? No la manejo. Es mi cuerpo, pero no tengo ningún control sobre él. Inspirar, expirar, inspirar, expirar. El hombre que duerme a mi lado, mi compañero, el padre de la criatura que está por llegar, mi

esposo, respira lejos de todo, el aire se detiene en el pecho y emite un ronquido, silencio unos segundos, el pecho abierto y otra vez se vuelve regular. Mejor esperar que pase. No despertarlo. Pero este dolor. ¿Es normal? Y la sangre. “Hay sangre”, le digo. Trato de sonar tranquila, no entrar en pánico. En situaciones así siempre soy la que conserva la calma. Él primero no reacciona, el sueño lo retiene como una trama pegajosa. Después abre un ojo y me ve parada a su lado, sostengo un algodón entre las piernas para frenar la hemorragia. Hay que ir urgente al hospital. No tenemos el bolso hecho. No hay nada preparado. Había tiempo. Faltaban meses, cuatro meses, muchas semanas para acondicionar el nido. Él corre de un lado al otro, busca el teléfono, llama al obstetra, mete una muda de ropa, un camisón, ropa interior en una bolsa de plástico, “las pantuflas”, le digo, “las pantuflas”, “¿pero cómo podés pensar ahora en las pantuflas?”, “pienso en todo”, le digo, “yo pienso en todo, no se me escapa nada”. Debería tener miedo.

Toby

Soy diminuto. Quepo en la palma de una mano. Peso lo mismo que un pollo chiquito. Ahora escucho y veo, luces sonidos. Siento. Cables pegados a mi cuerpo, un respirador y un catéter que se me mete en los agujeros de la nariz. Ahora sé qué es el dolor, por primera vez siento dolor y tengo frío. Hay una aguja clavada en mi brazo y algo me aprieta el dedo, un dedo finito como un alambre. No sé cómo, pero estoy eligiendo. Elijo vivir. No sé nada, no puedo controlar mis miembros para que se muevan o para que dejen de moverse cuando yo quiera, no sé hablar, ni pedir, ni rechazar. Pero algo en mí sabe. Por primera vez tengo hambre. La mano de mamá se acerca desde algún lado que no distingo, me acaricia la piel, transparente como la de un raviol chino. Soy un raviol chino que sacaron del agua hirviendo antes de tiempo.

Crudo. Los órganos todavía no están formados, los pulmones, el hígado, nada funciona por sí mismo, todos necesitan de algún aparato que haga el trabajo por ellos. Soy como un juguetito mal encastrado, de esos que caen de a montones en las piñatas. No veo bien, todo está desenfocado. Hay otros. No estoy solo. Los otros a veces lloran con el llanto rasposo de sus cuerdas vocales prematuras. Un concierto de violines hechos con latas e hilo de coser. Pienso: esto es la vida. No lo pienso con la mente, porque todavía no soy yo, sigo estando adentro de algo, todavía no soy separado, no tengo consciencia y sí, ya sé, entonces cómo estoy pensando, es que no estoy pensando, sólo estoy siendo, no sé, no hay que saber todo, sólo sé que sé, que si no supiera mañana no estaría contando el cuento, lo pienso con el cuerpo, con lo poco que tengo.

Miranda

Somos como dos astronautas en el espacio intentando vencer la gravedad, cada uno con su escafandra. Él en su cápsula y yo en la mía. Para resistir el miedo y la angustia me digo que soy yo la que tiene que aprender de él y no al revés. Yo que siempre pude controlar todo ahora tengo que moverme dentro de esta armadura invisible que me construí. No puedo darme el lujo de desarmarme mientras él lucha. Veo en su cuerpecito frágil a la vida abriéndose paso. Su corazón retumbando como una pelota de ping pong. Me quedo horas con la vista fija en el centro de su pecho, hasta que caigo rendida y alguien me reemplaza. Tengo algunos minutos por día para sostenerlo en mis brazos, amamantarlo. Es tan diminuto que pienso que se va a deshacer. Días y noches interminables. Médicos y enfermeras y puericultoras. Pero no se deshace. Se hace. Se forma. Se transforma. Me mira. Hace muecas. Mueve los brazos. En pocos días vamos a estar en casa. Vamos a volver a nacer. Él, su padre y yo. Vamos a empezar una nueva vida. Su

nueva vida. Va a probar y conocer. Va a hablar. Va a pedir. Va a elegir. Va a equivocarse. Va a protestar. Va a jugar. Va a mentir. Va a luchar, a seguir luchando, porque nació sabiendo cómo se hace. La historia está por empezar.

Betina González nació en San Martín, Provincia de Buenos Aires. Publicó *Arte menor* (Premio Clarín Novela 2006), el libro de relatos *Juegos de playa* (Segundo Premio Fondo Nacional de las Artes, 2006) y *Las poseídas*, que en 2012 recibió el Premio Tusquets de Novela en su VIII edición.

Betina es además magíster en Escritura Creativa (Universidad de Texas en El Paso) y doctora en Literatura Latinoamericana (Universidad de Pittsburgh). Trabaja como profesora de Escritura y de Semiótica de los Géneros Contemporáneos en la Universidad de Buenos Aires, en donde participa de distintos proyectos de investigación. Colabora periódicamente con *Revista Ñ*, *Viva*, *Anfibia* y el suplemento cultural del diario *Perfil*. Desde 2014 está a cargo del Taller de Producción de Novela de la Fundación Tomás Eloy Martínez.

Ni Einstein, ni Ana Pavlova, ni Derek Paravicini

Betina González

Para Ana Sofía y Viviana



Para ella, Nicolás y el miedo habían nacido juntos.

No era un miedo anecdótico, como el de la madre de Hobbes que, frente a la amenaza de los barcos españoles en las costas inglesas, lo había expulsado mucho antes de las cuarenta semanas reglamentarias. Tampoco un miedo de película, como el de Rosemary, que ni siquiera había tenido un bebé prematuro pero igual sabía lo que era que te separaran de él al nacer (por más hijo del demonio que fuera, el verdadero terror tenía que ser ése). Ni siquiera era el miedo trivial a no venir equipada con el instinto que decretaba la especie, esa naturalidad del oficio por la que competían las mujeres a la salida del jardín o en el consultorio del médico.

No. Su miedo era estadístico, científico y omnipresente. Comenzó el día que entró a la sala de neonatología y se dio cuenta de que era incapaz de reconocer cuál de todos esos bebés que se retorcían bajo campanas de cristal era el suyo. La enfermera tuvo que señalarle la historia clínica pegada al frente de cada incubadora: Violeta había ido a acariciar al hijo de otra.

Es que Nicolás no se parecía a ella o a Pablo. No se parecía a nada. Casi imperceptible entre los tubos y sondas a los que estaba conectado, la primera vez que lo vio, sólo pudo pensar en algo abandonado en el bosque, una noche de invierno en la que soplaba el viento más fuerte y más frío de la historia de los cuentos infantiles. Un viento que decía: “A ver quién te ayuda ahora, pequeña cosa viva”.

No era su culpa que al ver a su hijo pensara en una cosa. Nicolás pesaba ochocientos cincuenta gramos. Tenía la piel enrojecida y arrugada, se le veían las costillas y en sus ojos, que todavía eran del color gris que marca lo inacabado, no había ningún tipo de expresión más que la perplejidad que le producía el hecho de tener que respirar.

“No es ni una bolsita de azúcar”, le había dicho el médico inmediatamente después del parto.

Y por mucho tiempo, la gente siguió haciendo lo mismo, buscando símiles para explicar su propia incomodidad al levantarlo o al espiarlo por el borde de la cuna. Llegaban con flores, baberos o escarpines y se iban con metáforas. Violeta los veía tropezar con las palabras una y otra vez, incapaces de dar con un solo lugar común en el que pudieran refugiarse. Es que Nicolás no sólo no se parecía a sus padres: tampoco pertenecía al país blanco, feliz y abominable de las propagandas de pañales o champú, ése en el que todos los bebés eran gordos y sonreían, o saltaban y aplaudían acompañados por perros y gatos, con los que parecían tener un vínculo que a Violeta le resultaba incomprensible. No, su hijo no jugaba con animales domésticos. Y sus mejores amigos no se llamaban Dora o Pooh. Se llamaban alcohol en gel y doctora Miranda.

La primera vez que lo tuvo en brazos, Pablo se lo devolvió en seguida. En su mirada, Violeta advirtió la misma expresión que la de esas vacaciones en la montaña, casi diez años atrás. Habían ido a caminar y ella había insistido en volver por la ruta más larga. Se hizo de noche y, sin mapas ni comida ni bolsas de dormir, tuvieron que pasar la noche en un cobertizo en desuso. Al amanecer, descubrieron que la camioneta los esperaba apenas a un par de kilómetros de distancia. Desde entonces, cada vez que iban de vacaciones o de camping, Pablo insistía en viajar con todo el equipo de un profesional.

—Es como hamacar un paquete de algodón —dijo ahora mientras le devolvía a Nicolás con cuidado de no despertarlo. Lo hizo con una sonrisa, pero igual Violeta sintió que el viento se hacía más fuerte. Y esta vez no decía absolutamente nada.

O decía cosas extrañas, que nunca se habían escuchado en el país de los campeones y princesas para los que se fabricaban los pañales, los champús y los juegos didácticos. Era el viento de Hansel y Gretel, de Blancanieves y, sobre todo, de Pulgarcito. Y siguió soplando por muchos años, diciendo cosas como “retinopatía”, “muerte súbita”

y “dificultades de aprendizaje”. Violeta lo escuchaba todas la noches. Ahora que Nicolás había empezado el jardín, insistía especialmente en repetir “maestra integradora” y “certificado de discapacidad”.

—¿No habla? —le preguntó una tarde otra mamá mientras le abrochaba el saquito a una nena peinada con dos bucles perfectos, que en seguida se encargó de informar que se llamaba Lara Estefanía y que tenía tres años y cinco meses, cifra que acompañó con una sucesión exacta de dedos manchados de chocolate.

Violeta iba a responder lo mismo de siempre. Que Nicolás hablaba su propio idioma y prefería jugar solo. Que odiaba los ventiladores, las motos, los autos y los juguetes ruidosos. Aunque lo que en realidad quería decirle a esa mujer era otra cosa. Que su hija tenía las manos sucias, por ejemplo. O que Nicolás había nacido en el extranjero mientras ella y su esposo oficiaban de embajadores en Rusia, de trapeceistas en China o de astronautas en Marte. Pero Lara Estefanía Primera ya tenía lista la frase que contestaba a su propia pregunta. Sin darle tiempo a nada, tomó a su hija de la mano, la acomodó en el asiento especial del coche y, ya sentada detrás del volante, agregó:

—No te preocupes. Einstein no habló hasta los cinco años y mirá...

Desde el asiento trasero, Lara Estefanía Segunda se rió y saludó con las dos manos a Nicolás, que todo ese tiempo había permanecido agarrado al pantalón de Violeta, mientras seguía con el índice el camino de una hormiga en el tronco de un árbol.

—Chiquito —dijo Nicolás a modo de conclusión.

Y Violeta estuvo de acuerdo.

Últimamente le ocurría todo el tiempo. En el supermercado, en los restaurantes, en las reuniones familiares, en los juegos de la plaza. Sobre todo en el consultorio de la doctora Miranda, donde el encuentro con otras madres era inevitable. Ninguna de ellas esperaba que su hijo o su hija fuera un prodigio. Solamente a Nicolás le tocaba serlo, como si

tuviera que compensar de algún modo su prematuridad. A los otros chicos les dolía la panza, tenían anginas o les daban las vacunas. Al suyo le tocaba ser Einstein, Ana Pavlova o por lo menos Derek Paravicini.

No se acordaba quién le había dicho lo de Ana Pavlova. Solamente tenía una imagen mental del comentario: la de una bailarina de cajita musical envuelta en pedazos de tela blanca. “Cuando nació, Ana Pavlova” —decía en su cabeza la voz sin cara— “nadie pensó que sobreviviría. Era tan pero tan chiquitita que la tuvieron envuelta en seda durante meses”. Y por, detrás de la voz (que, eso sí lo recordaba, era femenina, septuagenaria y seguramente vivía en una casa de chocolate porque una voz como ésa no se adquiría de ninguna otra forma), el viento seguía soplando.

En cambio, lo de Derek Paravicini lo recordaba bien porque había tenido que buscarlo en Internet. Había ocurrido en el consultorio de la fonoaudióloga. Nicolás iba dos veces por semana a clases de estimulación verbal. Era una de sus salidas favoritas. Ni bien llegaba, se lanzaba a los brazos de Fernanda o al rincón de los juguetes y por cuarenta y cinco minutos, Violeta se olvidaba de todo. Excepto los jueves, el día en que la sesión de su hijo era la anterior a la de Melina, una nena que había nacido con sólo veintiséis semanas de gestación, usaba anteojos de vidrios muy gruesos y a los cuatro años todavía tenía problemas para formar frases. Cuando la oía subir la escalera (siempre lo hacía lentamente, de la mano de su madre, con la que Melina se comunicaba en una voz fuerte, grave y autoritaria que desentonaba con su pequeñez), Violeta sentía la necesidad de aferrarse con todas sus fuerzas a su cartera. Una vez arriba, Melina tanteaba las diez sillas que había en el consultorio, las contaba hasta llegar al seis y volvía a empezar. Si la silla estaba ocupada, le daba lo mismo, apoyaba la mano en la rodilla de turno y seguía su camino. Sólo cuando lo hacía tres o cuatro veces, obedecía a la orden de su madre y se sentaba con las manos en el regazo,

balanceando los pies, y a veces también el torso, al ritmo de una melodía que, Violeta estaba segura, la acompañaba de la mañana a la noche.

—Quién sabe, por ahí más de grande desarrolle algún talento musical. Pasa mucho con estos chicos —dijo la secretaria de Fernanda un día que la madre de Melina entró con su hija al consultorio para recibir un informe. Violeta no contestó. Se agachó para ponerle el abrigo a Nicolás, que había salido de la sesión repitiendo “Clara tiene bucles”. “Y chicles. Y triciclos. Y una amiga llamada Clotilde”, siguió Violeta haciendo coincidir cada frase con los cuatro pasos que los dos necesitaban para llegar sanos y salvos hasta puerta.

Pero había otros padres en la sala de espera. Padres llenos de palabras.

—Como Stevie Wonder —dijo uno.

—Sí —retomó otra—, en algún lugar leí que es ciego de nacimiento.

—O Derek Paravicini. ¿Lo vieron? Es un fenómeno. Tiene oído absoluto.

Violeta tomó a Nicolás de la mano y abrió la puerta tratando de no mirarlos a los ojos. En la escalera, alzó a su hijo y bajó hasta la calle lo más rápido que pudo.

“Clara tiene bucles” era lo único que importaba.

Pero ya en su casa, no pudo contenerse y buscó en Internet el nombre de Derek Paravicini. Lo primero que apareció fue un documental que explicaba cómo, aunque el autista británico de treinta y cinco años era completamente ciego, no podía contar hasta diez ni distinguía la izquierda de la derecha, su cerebro era una computadora musical perfectamente programada.

Derek era flaco, tenía una sonrisa espléndida y usaba anteojos oscuros que le tapaban la mitad de la cara. Algunas tomas lo mostraban caminando por la ciudad al lado del entrevistador, vestido con un equipo de gimnasia gris y mirando al suelo. Cuando hablaba, lo hacía acentuando mucho las palabras, como si estuviera ensayando para una obra

de teatro. En otro video se lo veía frente al teclado, recibiendo pedidos del público mundial, que Derek ejecutaba inmediatamente. Beethoven, “Eleanor Rigby”, el Himno Nacional Australiano, lo que fuera. Desde su departamento de paredes blancas en un suburbio de Londres, Derek los complacía a todos.

Pero en la casa de Violeta, Pablo y Nicolás, el viento seguía soplando.



Unos días después de ese encuentro en la puerta del jardín, Violeta volvió a ver a Lara Estefanía y a su mamá. Esta vez fue en la calle, un sábado al mediodía. Su primer impulso fue el de dar media vuelta y salir corriendo. Pero le había prometido a Nicolás que iban a ir a comprar un huevo de Pascua a la tienda de chocolates y con eso lo había convencido de caminar cinco cuadras. Ya estaban en la última, era demasiado tarde para volver. Violeta lo tomó de la mano y enfrentó la mirada de Lara Estefanía Primera, que llevaba el pelo rubio y largo recién planchado. La nena esta vez lo tenía suelto, adornado con una vincha rosa.

No habían llegado a la mitad de cuadra cuando Nicolás se soltó de la mano de Violeta, levantó los ojos hacia los suyos y dijo:

—Lara no tiene bucles.

Y corrió a abrazar a su compañera de jardín.

Y en el mismo momento en que Nicolás dijo esa frase intrascendente, el viento más fuerte y más frío de la historia de los cuentos infantiles dejó de soplar.

Josefina Licitra (La Plata, 1975) es periodista y narradora argentina. Escribe, entre otras, en las revistas *Piauí* (Brasil), *Letras Libres* (México), *Internazionale* (Italia) y *Ya, Domingo* y *El Sábado*, que dependen del diario chileno *El Mercurio*. Es autora de los libros *Los Imprudentes. Historias de la adolescencia gay lésbica en Argentina* (2007, Tusquets), *Los Otros. Una historia del conurbano bonaerense* (2011, Debate) y *El Agua Mala. Crónica de Epecuén y las casas hundidas* (2014, Aguilar). Algunas de sus crónicas fueron incluidas en varias antologías argentinas y latinoamericanas. En 2004, ganó el premio a mejor texto otorgado por la Fundación Para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, de Gabriel García Márquez.

Un inmenso taller de origami

Josefina Licitra



La Doctora está embarazada y de pie en una sala de espera de hospital, con el vientre de seis meses asomando por el guardapolvo, y se prepara para dar una mala noticia: un paciente ha muerto. Así empieza esta historia. Es un paciente adulto que entró en la mañana con un cuadro de tuberculosis. No fue atendido por ella —la Doctora es pediatra—, pero en el caos de las guardias a veces pasan cosas como ésta. Ella es la que tiene que anunciar.

—Ledesma Eduardo —grita.

Le sigue un silencio. Nadie aparece.

—Ledesma Eduardo —repite.

En la sala se miran entre sí como quien palpa un bolsillo para ver si está la billetera en orden. “A nadie le falta un Ledesma Eduardo”, piensa la Doctora. Pero el humor negro ni siquiera le llega a causar gracia: pronto siente algo extraño. Algo entre las piernas. Un líquido tibio está bajando por la cara interna de los muslos. Acá no hay enlace, no hay continuidad: la historia da un giro ridículo; se parece a la vida. La Doctora acaba de romper bolsa. En el futuro, cada vez que cuente el modo casi simultáneo en que se dieron los hechos —primero una muerte, luego un nacimiento— casi todos armarán teorías veloces sobre la existencia y dirán que la Doctora devolvió —“restituyó” dirá alguien, calando un cigarrillo— la vida que se fue. Y otras cosas por el estilo.

Pero eso vendrá después, fuera del cuento.

Ahora la Doctora está de pie. Olvida su delantal. Olvida su nombre escrito en letra de molde en un carnet a la altura del pecho. Tiene pánico. No debió haber hecho esta guardia. Su obstetra se lo advirtió hace dos días.

—El tuyo es un embarazo de riesgo; la guardia del diez de febrero no la hacés —le dijo. Pero la Doctora no consiguió reemplazo y el hospital venía de un paro, y se sabe que después de un paro el Servicio estalla.

La Doctora, ya se sabe, es pediatra. En la guardia bromean y a los que hacen niños los llaman *Gasparín*: son fantasmas amigables. No

paran de moverse y una vez cruzada cierta hora de trajín —la número diez, la doce— ya pierden noción del tiempo. Siempre hay demasiados nenes que atender. Las mamás traen a un bebé con fiebre y *ya que estamos* piden si se puede revisar a los seis hermanos mayores, y a veces las horas se pasan revisando pibes que no están enfermos pero tampoco están sanos. Cuando la Doctora llega a casa, ver a su hijo saludable —tiene uno de cinco años— es como ver un libro escrito en otro sistema alfabético. Debe acomodarse a eso. Para los médicos leer la salud es un gesto ortopédico, algo mucho más extraño que leer la enfermedad.

La Doctora tuvo a Julián, su primer hijo, sin mayores sobresaltos. Si hubiera que resumir el parto en cuatro acciones serían *fue, esperó, pujó y volvió*. Aunque cada palabra genera una esfera propia, un campo de sentido en el que a veces caben demasiadas cosas. ¿Cuál sería la cadena de palabras ahora? Miren a la Doctora húmeda, de pie, en la sala de espera. En esta cadena no hay verbos: no hay movimiento. Sólo existe la palabra *miedo*.



Poco después del primer parto, hace cinco años, a la Doctora le descubrieron una lesión sospechosa en el útero. Luego de algunos estudios se concluyó que era un carcinoma de cuello, es decir un cáncer. Hubo que operar. Todo salió bien pero quedaron secuelas. Era posible que la Doctora no pudiera tener más hijos o que, si lograba concebir, el embarazo terminara en un aborto espontáneo o un parto prematuro.

—A partir de ahora tenés cuello *incompetente* —dijo el médico en aquel entonces. Fue la primera vez que la Doctora escuchó el lenguaje clínico con oídos de paciente. ¿Cuello incompetente? Hablaban de su útero como si fuera un cuerpo aparte, un oficinista incapaz de poner el sello en el papel correcto.

—La incompetente soy yo: todos para uno y uno para todos —respondió la Doctora y sonrió. Pero no quería sonreír.

El médico, un colega del hospital que había recibido a su primer hijo —Julián— y que recibiría también al segundo, devolvió la sonrisa y le hizo una advertencia.

—Cuidate —dijo—. Tenés riesgos de esterilidad o de prematurez.

La Doctora hizo caso. Se puso un Dispositivo Intra Uterino. Pero a los siete meses, a pesar del DIU y de todos los diagnósticos, su útero dio señales de alta competencia y la Doctora volvió a quedar embarazada. “Mi útero merece un ascenso. O al menos una taza para el día de la secretaria”, pensó. Pero no hizo chistes en voz alta. El humor era un recurso íntimo, privado, para darse ánimos. En la casa la noticia se recibió con cautela, como si la posibilidad de un hijo nuevo fuera una carrera que debía librarse en puntas de pie. Julián, de entonces cuatro años, miraba y preguntaba poco. Su marido, el Doctor —él es obstetra—, la llevaba en coche a todas partes y evitaba las calles empedradas. Puro sentido común. Nadie pensaba ya en saberes superiores o en los diplomas de grado: eran tan útiles como los almanaques que te dan en el supermercado. El embarazo era un pájaro mínimo que todos cuidaban en silencio. A veces rezaban para eso.

La cábala y los cuidados funcionaron hasta la semana veintiséis. Entonces, en un control de rutina, el obstetra notó que la Doctora tenía el cuello levemente dilatado y eso, más el dato del cuello incompetente, fueron suficiente para que diera la orden:

—La guardia del diez de febrero no la hacés —dijo.

—Hago todo lo posible —respondió la Doctora. Miró al obstetra con complicidad. Era su jefe en el hospital, era su amigo.

—Creo que no entendiste —insistió el obstetra—: si hacés la guardia podés tener un parto prematuro.

La Doctora asintió con la cabeza.

—Voy a hacer las cosas bien —concluyó.

La Doctora estuvo un día intentando dar con un reemplazo, pero no encontró ninguno y este miércoles, con el paro de hospitales, la guardia parecía reventar. ¿Qué era, en cualquier caso, “hacer las cosas bien”? La pregunta rondaba. Los médicos tienen una forma única de ver el cuerpo propio: es una herramienta, una máquina invencible puesta para resolver los mecanismos desacomodados de otras máquinas rotas.

Así que la Doctora vino a la guardia del 10 de febrero. Su cuerpo, sin embargo, estaba extraño. No era una anomalía física sino más bien trascendente. Ella no estaba ahí. Lo notó cuando avanzó por el pasillo del servicio y vio pasar como en un viejo carrete de fotos todo eso que en la jerga se llama el “campo de batalla”. La Doctora se sentía lejos, adentro: algo interno la estaba reclamando. Miró a los costados. Cada box era el capítulo de una antología de cuentos duros. Estaba la mujer golpeada que se negaba a hacer la denuncia. La que acababa de enterarse de que era diabética. La nena con gastroenteritis que le vomitaba encima a un compañero. El herido de arma blanca que no recordaba ni dónde vivía. El cableado que se enredaba con el suero intentando mandar un mensaje de texto. El accidentado de obra en construcción. El que buscaba el momento de escaparse. La que ponía cumbia en el telefonito para distraer a su beba. La quemada con la olla de la cena. El que había sobrevivido de milagro. Y estaban los médicos, saltando de una vida a otra hasta caer eventualmente en el box propio, la salita de descanso: tres sillones de cuero falso, un microondas, una heladera con imanes de pizza, un televisor. Ellos también son un caso.

La Doctora no suele ir a la salita —casi nunca llega a tomar un descanso—, pero esta noche cada tanto iba a sentarse. Estaba cansada y debía ser cauta. Hasta sus compañeros la cuidaban de sus propios nervios. Por primera vez en años, por ejemplo, el traumatólogo y el anestesista se peleaban en voz baja. Un hombre se había caído de un andamio después de haber comido un choripán, y ante la fractura expuesta el

traumatólogo quería operar de inmediato y el anestesista en cuatro horas, cuando el choripán se hubiera digerido y no hubiera riesgos de que el paciente vomitara y aspirara su vómito.

—Vos lo único que querés es dormir —dijo el traumatólogo en susurros. A la Doctora le asombró esa medida. En la guardia, cuando alguien quiere ser elegante trae a colación el “factor sueño”, como si querer dormir fuera una estafa hipocrática. Pero el traumatólogo y el anestesista no solían ser elegantes: solían matarse. Ahí la Doctora entendió que ese no era un día normal. La estaban cuidando.

Miró por la ventana: se veía un árbol de hojas oscuras y llovía. Su cuerpo, notó, tenía algo que ver con la lluvia. Estaba lento y pesado como un trapo excedido en aguas. Pero había que moverse. La Doctora se levantó para seguir atendiendo. Lo hizo por horas y con intervalos. En algún momento dormitó y llegó a soñar con algo: una mujer le estampaba en el vientre un sello que decía “incompetente”. Se despertó con un dolor en el abdomen; era una contracción. Pero después se fue y no volvió a repetirse.

—Doctora.

Entonces escuchó algo como eso.

—Doctora.

Alguien había abierto la puerta y le estaba avisando que tenía un paciente: había una nena con una reacción alérgica a un remedio. Tenía la lengua inflamada y le costaba respirar. La Doctora preparó la aguja para inyectarle un antihistamínico y la nena empezó a llorar del susto. Para distraerla, la Doctora le preguntó el nombre.

—Chiara —fue la respuesta.

Aplicó la inyección. Le preguntó a qué grado iba.

—Tercero —lloró la nena. Pero en aquel momento la Doctora oyó algo más que el llanto. A sus espaldas, a los trotes, pasaba uno de los clínicos. Era su amigo. Ambos habían entrado al hospital el mismo año y habían pasado juntos todo el sistema de castas que sucede hasta tener

un nombramiento. Desde entonces —desde siempre— eran hermanos. Por eso, cuando la Doctora escuchó la frase “entró en paro” se asomó para ver si el colega necesitaba ayuda. “Seguro que es el tuberculoso que entró a la mañana”, pensó. Entonces vio a su compañero entrar en el *shock room* y salir unos minutos después a las puteadas. Hacía “no” con la cabeza. Todos saben qué quiere decir “no” a la salida de un *shock room*.

—¿Querés que avise? —preguntó la Doctora.

Él compañero asintió con los ojos cerrados. Dijo el nombre del paciente. La Doctora lo memorizó y caminó hasta la sala de espera.

—¿Ledesma Eduardo? —preguntó.

No hubo respuesta.

—¿Hay algún familiar de Ledesma Eduardo?

La Doctora se frotó un pañuelo húmedo en las manos. Nadie venía. ¿Estaban atrasados? La gente que no es reclamada siempre la inquietó. Tal vez fueran existencias fuera de época: errores cósmicos que terminaban en una camilla de hospital.

—¿Ledesma Eduardo?

Nadie vino, pero se acercó la nena de la alergia: Chiara.

—Te hiciste pis —le dijo antes de irse, mientras se limpiaba una lágrima. Parecía contenta con el descubrimiento.

La Doctora entonces miró a la nena, y después se miró los pies. Su hijo estaba llegando antes de tiempo. Así sigue la historia.



Apenas rompe bolsa sus compañeros la internan. Uno llama al Doctor —el marido de la Doctora— y otros dos se encargan de llevarla en camilla hasta la terapia intensiva. La Doctora recorre todo el hospital

boca arriba. Lleva puesto aún el delantal y la escena parece una fábula de Esopo, una de esas que hablan de las paradojas de la vida. Es raro lo que la Doctora ve desde abajo. El techo de los hospitales es el cielo más triste del mundo. Apenas llega, su médico, que además es su jefe, le dice que no debe moverse. Ni ese día ni ningún otro: deberá estar tres meses con las piernas alzadas para retener al bebé. La Doctora está desconcertada. Tantos años de estudios de grado y de posgrado para que la respuesta clínica consista en levantar las piernas para siempre.

La habitación no es el mejor lugar del mundo para pasar tres meses de una vida, y encima en posición invertida: los azulejos blancos, el olor a amoníaco, los ruidos del trajín médico recordando que un hospital es un lugar donde se va a sobrevivir. La Doctora se duerme pensando en eso, pero despierta a la mañana siguiente con dolores fuertes en el abdomen. El control de laboratorio da una mala noticia: tiene una *corioamnionitis*, una infección que afecta las membranas del feto. Los dos, el bebé y ella, están en riesgo. Hay que ir a cesárea.

El feto tiene ahora veintisiete semanas y la Doctora calcula su tamaño: a esa altura, su cabeza mide lo mismo que una naranja mediana, que una pelota de béisbol, que una bombita de agua en Carnaval. Todas las equivalencias van pasando por sus ojos al ritmo de las luces del pasillo que ella mira otra vez desde abajo, desde la planicie plebeya y atemorizante de la camilla de hospital. Sus amigos la están llevando a cesárea. Ella lo hizo muchas veces con otras personas, pero ahora tiene miedo. Y el miedo tiene la extensión y la forma del dormitorio de la infancia: en el miedo todos son niños. Todos buscan a su madre.

La Doctora recibe una inyección peridural y entra en el quirófano. El Doctor, su marido, está con ella: apenas lo divisa entre la bruma de los ojos. Se queda dormida.

Duerme y duerme. Olvida el presente.

Un rato después, en su habitación, abre los ojos y ve al Doctor. Está serio.

—Está luchando —dice él.

¿Luchando? “Debe estar luchando porque es chiquito. Porque nacer es luchar.” Eso piensa la Doctora. El cuerpo le duele. ¿Dónde está el bebé? Quiere verlo. De a ratos viene el Doctor y repite:

—Está luchando.

La Doctora es pediatra y viene de una guardia, estudió muchos años para eso, pero en este momento la palabra “lucha” empieza a formar parte de un lenguaje impropio, de una pieza inadecuada en el rompecabezas entalcado de un bebé. ¿Un bebé está luchando? ¿Cuáles son las armas de un bebé? Cierra los ojos. Después sabrá que su hijo respiró recién a los cincuenta minutos. Las reanimaciones legales se hacen hasta los cuarenta y cinco, es decir que en algún momento lo dieron por muerto. Pero alguien, mientras la Doctora dormía, salió a pelear con él. Fue el obstetra, que ya había recibido al primer hijo de los doctores. Y fue el Doctor.

—No se puede hacer más nada —dijo el neonatólogo minutos antes. Miró al Doctor a los ojos. Pero no vio a un doctor, ni siquiera a un amigo: vio a un familiar, y mirar a un familiar a los ojos es como ponerse de rodillas ante un tribunal de guerra. No se convive con la muerte de un paciente, sino con la mirada de sus familiares. El bebé no era un Ledesma Eduardo. Se llamaba Juan Agustín y sus padres estaban ahí, aterrados, detrás de su nombre.

—Empecemos de nuevo —dijo entonces el neonatólogo. Y entró al quirófano en el minuto cuarenta y seis. Le sacó los tubos y vio que Juan Agustín tenía un pulmón pinchado. Reiniciaron las maniobras. Y cuando punzaron para sacar el aire, finalmente, el corazón del bebé empezó a latir.

La Doctora ve al bebé a las ocho horas de haberlo parido. Los bebés prematuros deben estar al lado de la madre así que se pone de pie y va a verlo en cuanto puede. El cuerpo de Juan Agustín es una masa diminuta en la que entran y de la que salen demasiadas cosas: el suero, la sonda, los tubos que lo conectan al respirador. La Madre lo toca con suavidad y le habla. No se escucha qué le dice. Serán palabras suaves, como de felpa.

La Madre no piensa en el estado delicado del bebé. No quiere saber de eso: no quiere saber aquello que saben los doctores. La Madre elige estar en una nube eficaz, vacía de conciencia y comandada por las órdenes del obstetra. Él le dice qué poner por la sondita, qué cambiarle, qué dejar. Él la va guiando a lo largo de los meses en un mundo en el que todo es dicho en un lenguaje diminuto: manito, tubito, bracito. La sala de prematuros es como un inmenso taller de origami. Las madres mueven las manos con delicadeza y sin pausa: esa es la forma de no pensar.

Pero a veces se piensa.

Julián, el primer hijo, está con su abuela y su padre —el Doctor—, que va apenas tiene un minuto libre. El primer día de internación, Julián lo recibe con una pregunta: le pregunta a su padre si Juan Agustín se va a morir. El Doctor no sabe qué decir: balbucea que los nenes prematuros que están bien cuidados no mueren, pero después alza el teléfono y llama a su esposa. Ella sale a atender al pasillo.

—No va a pasar nada malo —le dice a Julián—. Sólo vamos a tener que ser muy cuidadosos. Tu hermanito es muy chiquito.

—¿Como un pájaro? —pregunta Julián.

—Es más grande que un pájaro —dice la Madre.

Luego recuerda aquella vez, cuando era chica, en la que su padre sacó el pájaro que tenían en la jaula de la casa y se lo puso en la mano. Le explicó que era difícil agarrar un pájaro y que había que saber cómo tomarlo para no ahogarlo. La mano debía estar firme pero amorosa. De eso se trataba.

“Pero es frágil como un pájaro”, piensa la madre, pensando en Juan Agustín. Pero por teléfono dice alguna otra cosa.



La sala de cuidados intensivos es un club de madres absorbidas por el susto y la obligación del cuidado. Hay de todo ahí adentro. El chiquito que nace normal pero con demasiado peso y necesita oxígeno para enganchar una respiración a ritmo. El que tiene hipoglucemia. El que hace convulsiones por algún trastorno genético. El malformado. El transitorio que necesita apenas regular temperatura. El que tiene una cardiopatía, el que tiene HIV, el bebé séptico que tiene una infección y necesita antibióticos.

Cada tanto, una incubadora se abre y deja salir un sonido. Es música. Suele ponerse algo que neutralice el sonido del motor, y en el caso de la Madre suena *Toda la vida*, de Emanuel. La canción le parece espantosa, pero pronto se aprende la letra. El otro sonido que la desvela es el de la alarma. Todas ahí adentro tienen terror a la alarma. Llenan la incubadora de estampitas, muñequitos, amuletos que echen lejos ese ruido feroz. Las madres saben lo mismo que la Doctora aprendió en la facultad: los prematuros hacen apneas y mueren sin aviso. El oxígeno en ellos es un misterio aún más grande que el del Espíritu Santo. A veces, cuando una madre acaricia a su hijo el oxígeno sube y el color mejora. Algunas madres incluso juegan con eso: lo tocan y se alejan como si pulsaran un control remoto.

La madre de al lado hace eso con su beba. Entre tantas otras cosas que hace. Cada seis horas debe recibir un centímetro de leche materna y la madre se lo da con una jeringa. Todo debe hacerse a esa escala milimétrica: las dosis, las caricias, incluso las palabras dichas. Días atrás,

cuenta la madre, notó que cada vez que alzaba a su criatura la saturación de oxígeno bajaba, esto es: la beba empezaba a oxigenarse mal. Cuando quedaba en manos del enfermero, sin embargo, los parámetros volvían a ser normales. La explicación era una sola: la madre estaba nerviosa, aún no se recuperaba del estrés del parto, y su beba percibía esa angustia.

Así son los niños prematuros: un cuerpo hipersensible; pura intemperie.

—Ay... qué carácter tiene la chinita —dice ahora La Otra Mamá—. Tienen su ánimo las bebés.

La Otra Mamá tiene una voz dulce y serena: un hablar de provincias. Sonríe y resplandece con cierta fatiga. Tiene veintinueve años, cuatro hijos y un marido que está afuera, en una salita de espera, con uno de los nenes.

—Lo trajo porque en el informe de jardín de infantes salió que el chiquito anda muy triste —dice—. Yo casi no estoy en casa y lo de la hermanita lo afectó. Durante todo el embarazo él estuvo muy pegado a mí, dormía abrazado a mi panza, o sea: cómo quieren que esté bien.

La Madre piensa en su otro hijo.

De siete de la mañana a doce de la noche se ocupa de Juan Agustín, y pasada esa hora va a la casa y trata de estar con Julián, que durante el día se queda con su abuela. Cuando regresa, en la mañana, la Madre no mira la incubadora sino a las enfermeras. Es posible leer la muerte en esos ojos: los prematuros hacen apneas sin aviso. Pero Juan Agustín avanza. Gana mañás. Empieza a tomar leche con la enfermera y no con la Madre, pasa a cuna.

—Doctora —le dicen un día; es curioso: no le dicen *mami*—, me parece que el pinino está para irse a casa.

La frase, cuando la escucha, llena a la Madre de miedos. Cómo hacer para darle la leche en casa, cómo para hacerlo crecer, cómo si tiene fiebre.

La Madre no imagina lo que vendrá después: Juan Agustín progresará y lo hará sin secuelas; será abanderado; será un chico feliz. Pero ahora, un día más tarde, lo envuelve con todo lo que tiene a mano y piensa en su nombre, Juan Agustín, Pinino, *Pini* —es un lindo apodo— como quien recita un mantra que conjura la supervivencia.

Luego sale a la calle.

Ariel Magnus (Buenos Aires, 1975) publicó *Sandra* (2005), *La abuela* (2006, traducida al alemán), *Un chino en bicicleta* (2007, Premio “La otra orilla” y traducida a varios idiomas), *Muñecas* (2008, Premio “Juan de Castellanos”), *Cartas a mi vecina de arriba* (2009), *Ganar es de perdedores* (2010), *Doble Crimen* (2010), *El hombre sentado* (2010), *La cuadratura de la redondez* (2011), *La 31, una novela precaria* (2012), *A Luján, una novela peregrina* (2013) y *Cazaviejas* (2014).

Participó en varias antologías y editó una sobre humor en la literatura argentina (La gracia de leer).

Colabora ocasionalmente con diversos medios latinoamericanos y alemanes y trabaja como traductor literario del alemán y el inglés.

La celebración

Ariel Magnus



- Lo podemos disfrazar de tomate verde.
- ¿Tomate verde?
- Porque todavía no maduró. ¡Juá!

Maldita sea la hora en que le propuse al gracioso de mi primo que nos acompañara a la fiesta del prematuro. La culpa la tiene en realidad el Dr. Joaquín, que es el que tuvo la idea de hacerla. En realidad no la tuvo él, sino que se la robó a los de otra sección del Hospital Posadas, los que tratan el cáncer en la sangre, creo. Parece que él veía por la ventana de su piso que todos los años hacían una reunión de pacientes y médicos en el parque del hospital y la iniciativa le pareció tan linda que se le ocurrió copiársela. Aunque parece impensable que alguien se pueda oponer a una fiesta, le costó convencer al resto de los médicos de su equipo, y todavía hoy hay muchos que no están demasiado de acuerdo. El Dr. Joaquín dice que eso tiene que ver con que los médicos tienen una formación muy técnica y que por lo tanto les resulta difícil ver el lado humano del proceso. Están más interesados en las funciones del último respirador que salió al mercado que en la evolución del paciente una vez que sale del hospital. Y el nacimiento es un momento de la vida nomás, al que luego le siguen otros. Sobrevivir a ese primer momento es fundamental, pero una vez que eso se logró, empieza la verdadera vida. Es como aprender a hacer los cambios en el coche, eso que una cree que es lo más difícil, hasta que lo aprendés y entonces te das cuenta de que lo más difícil en realidad es manejar. Yo ni sé manejar ni tengo coche, pero es el ejemplo que usó el Dr. Joaquín. Que empezó a organizar la fiesta del prematuro, como decía, para que los pacientes pero también los médicos tomáramos conciencia de todas estas cosas. Él fue también el primero que empezó con el seguimiento de los chicos una vez que egresan, como llaman acá cuando les dan el alta. Porque los problemas motores suelen aparecer enseguida, pero hay otros que

recién se ven más tarde, como las alteraciones de conducta en la escuela, o las dificultades para aprender a escribir, o incluso hipertensión y sobrepeso ya de adultos. Por eso la gente del hospital hace un seguimiento del chico hasta los 6 años y en algunos casos hasta los 11. Y la fiesta del prematuro, por muy extraño que suene, es parte de ese seguimiento. De ahí que el Dr. Joaquín quiera que vayamos con toda la familia. No sólo el nene con su mamá y su papá, si es que tiene, sino también los abuelos, los tíos y los primos. Todos. El Dr. Joaquín quiere que sea una fiesta de toda la familia, aunque no le gusta que se la llame así, “fiesta”, porque en el fondo no hay nada que festejar, según él. Eso es lo que no logro hacerle entender a mi primo, que piensa que va a una función de circo.

—No es gracioso.

—Entonces lo disfrazamos de payaso.

—Tampoco es gracioso.

No es una fiesta, es una reunión, dice el Dr. Joaquín, pero a la vez nos hace ir disfrazados. Ojo, a mí eso me parece una buena idea, pero si voy a ser sincera me parece más de fiesta que de reunión. Mónica, mi enfermera preferida, la llama “celebración”. Para mí una celebración es una fiesta, pero bueno, es verdad que suena más serio. “Una celebración de la vida”, dice Mónica, que en esto es la mano derecha del Dr. Joaquín y la que organiza todo. Ella se ocupa de que el salón de actos del hospital esté disponible y de preparar el escenario para la ocasión, alquila el pelotero y demás juegos para los chicos, prepara los regalitos que se llevan después a casa, elige la música, los invitados especiales, todo con plata que recaudan de fundaciones o que pone el Dr. Joaquín de su propio bolsillo. El año pasado vino La Masa, el personaje de la tele, y los chicos estaban felices. ¡Es tan increíble verlos tan felices después

de todo lo que tuvieron que sufrir! ¡Y en el mismo lugar en donde la pasaron tan mal y al que tienen que volver cada vez que algo se complica! Eso es para mí lo más maravilloso: es como que le cambia el sentido al hospital, esa mole inmensa y un poco tenebrosa que al menos por un día deja de ser un lugar de sufrimiento para ser un lugar de alegría. En ese sentido la fiesta o celebración o como quieran llamarla es la más linda del año. Para mí es como una Pascua de Resurrección, aunque en vez de festejar la resurrección de Cristo festejamos la de nuestros hijos, a los que el Dr. Joaquín y Mónica y todos los que trabajan con ellos salvaron de la muerte.

Porque llegar demasiado temprano al mundo te pone en alto riesgo de irte demasiado temprano también. Algunos apenas si llegan que ya se van, pasan de largo por esta vida como un micro por los pueblos al costado de la ruta. Y si voy a ser muy sincera, hay un momento en que una piensa en que eso es quizá lo mejor. A Gonzalo, mi nene, que nació en la semana 26 de embarazo con 943 gramos, menos que un paquete de azúcar, como pensé ni bien me lo dijeron (“Ojo que algunas empresas les ponen menos a los paquetes y además te roban con el peso del envoltorio”, me acuerdo que me dijo mi primo cuando usé esa comparación, con lo que queda en evidencia que podría dejar de respirar pero no de hacer chistes, el muy desubicado); a mi Gonza lo salvaron de milagro, porque nació con depresión respiratoria, prácticamente muerto. Probaron y probaron hasta que en un momento, nadie sabe por qué, reaccionó. Pero yo, que Dios me perdone, por dentro llegué a pensar si no hubiera sido mejor que no reaccionase.

Ése es el primer momento, cuando en vez de que te traigan un bebé grandote y todo rosado, al que enseguida podés empezar a amamantar, tenés vos que acercarte a la incubadora y ver un ratoncito minúsculo que no se parece al que te esperabas, ni a ninguno que hayas visto en tu vida. Para mí fue como mirar un bebé a través de un largavistas dado

vuelta: chiquito chiquito, como un paisaje lejano. Y eso es lo que pasa en el mejor de los casos, me explicaron. En los otros, cuando al cuerpo le falta alguna parte o no terminó de formarse por afuera, no querés ni mirar. En un caso o el otro, entrás como en un banco de niebla y no ves nada, no entendés ni dónde estás. Como si hubieses tenido un accidente en la ruta y te despertaras al otro día en el hospital, así por lo menos me sentía yo los primeros días. Era cierto que ya no tenía panza, pero de ahí a que ese chiquito fuera el que salió de ella había un largo trecho. Y yo sentía que no tenía fuerzas para recorrerlo. O mejor dicho: me negaba a recorrerlo. Porque en algún momento una recupera parte de su energía, sale de esa como borrachera que no te deja entender lo que está pasando y empieza a entender. O sea, empieza a entender que no quiere entender, que eso que está pasando no es posible que le esté pasando a una misma.

—La otra es disfrazar a Gonza de Hugo Chávez.

—¿Hugo Chávez?

—Claro, porque es el presidente venezolano previo a Maduro. Pre-Maduro. ¡Juá!

—Es Maduro, salame.

—¡Seigual!

—No, seigual nada. Y aunque se llamase Maduro, tampoco se entiende. ¿Por qué no pensás en un disfraz de verdad es vez de decir estupideces?

Después viene la bronca. Me acuerdo de que me peleé hasta con este primo mío, que es más bueno que el pan, aunque a veces se ponga un poco pesado. Al Dr. Joaquín no lo podía ni ver, sentía que él había tenido la culpa de todo, como si me hubiera arrancado al bebé antes de tiempo a propósito, para hacerme mal. Tuve pérdidas, me internaron,

me dijeron que si no lo sacaban enseguida se iba a morir y ahí nomás me lo sacaron, pero de pronto yo me olvidé de todo eso y sólo sentía odio por los que en realidad me estaban cuidando. Es loco porque una sabe que su enojo es irracional, pero a la vez no puede contenerse. Esa cosa que tenemos las personas de siempre andar echándole la culpa a alguien es tan fuerte que hasta preferimos echárnosla a nosotras mismas antes que pensar que fue mala suerte y listo. Pensás en qué hiciste mal, en por qué te tocó esta desgracia y todas cosas que no ayudan a tranquilizarse, que es lo único que sirve.

En esos días fue que me escapé de la residencia de madres. Está en el séptimo piso del hospital y es exclusivo para chicas que tuvieron hijos prematuros. Ahí una se puede quedar a vivir hasta que el nene egresa, cosa que puede demorar semanas. El lugar es amplio y de techos altísimos, con un largo pasillo, varias habitaciones, algunos baños y un balcón corrido súper ancho, que da al barrio Carlos Gardel. Lo que sí, está medio venido abajo. Los aparatos de aire acondicionado no funcionan, todo lo que sea de metal está oxidado, los techos tienen unas manchas de humedad tan grandes y de tantos colores que con un poco de imaginación ya parecen pinturas como las de las catedrales, faltan cachos de revoque en las paredes, no hay una sola sábana sin agujeros, las camas se hunden hasta el piso y los baños son del año del ñaupa. El Dr. Joaquín dice que antes estaba mejor y que se ha ido perdiendo el sentido de pertenencia de las madres, la mística del lugar. Por lo menos todo está limpio y las voluntarias que se ocupan de las chicas internadas son un amor. Dormís de a cuatro o de a seis con otras mujeres que están en la misma situación que vos, y eso ayuda.

—Ya sé, lo disfrazamos de ducha.

—¿De ducha?

—Sí, porque ahí es donde agarran a la gente los que llegan temprano a las cenas. ¡Juá!

Aunque en la residencia también había problemas, lógicamente. Cuando alguna se iba sin permiso, por ejemplo, como hice yo. No es algo que haya planeado sino que me surgió como un impulso. Tenía la fantasía de que si me iba recuperaría mi panza, seguiría con mi vida, llegaría a los nueve meses y pariría un bebé normal. Otras se van porque los maridos las quieren en sus casas, o porque no tienen con quién dejar a sus otros hijos. Yo llegué a compartir la habitación con una chica que algunas noches salía a hacer la calle. Es que para muchas de nosotras no es fácil dejar nuestras casas o nuestras changas durante tanto tiempo, por mejor que nos cuiden. A la vez, se entiende que las voluntarias se enojen, porque ellas tienen una responsabilidad con nosotras. Si nos llega a pasar algo afuera cuando deberíamos estar adentro, a las que les tiran la bronca es a ellas. Es difícil entender cómo se bancan eso, encima que trabajan gratis. Para mí son como ángeles, aunque yo sea del grupo de las diablillas que las hacían renegar.

En realidad es un privilegio enorme poder quedarse en el hospital, cerca del bebé. Al Posadas va gente de toda la provincia, y sin este servicio tendrían que estar yendo y viniendo todo el tiempo. Con esto de poder quedarse ahí pasás el día con tu bebé en la sala de neonatología y después subís a descansar, sin necesidad de irte a tu casa. El otro gran privilegio es justamente ese, el de poder estar con el bebé durante todo el día, algo que al parecer no es común en los otros hospitales. El Dr. Joaquín está en contra del régimen de visitas porque dice que una madre o un padre no son visita, sino parte fundamental del desarrollo de un bebé, sobre todo si nace prematuro. Por eso él insiste para que también el padre se acerque a estar con su bebé, aunque le cuesta lograrlo. Los hombres dicen que van a venir y después no vienen,

inventan excusas, a veces hasta se ponen agresivos. Y cuando vienen seguido entran en confianza y entonces se pasan de vivos. De ahí que el régimen sea abierto, pero con límites. A partir de las once de la noche ya no entra nadie, ni ahí ni en la residencia. Tampoco es que te den muchas ganas de andar por el hospital, que no es lo mismo de noche que de día, aunque haya policía (de la Federal, aunque esté en la provincia, porque es un hospital que depende del Estado nacional).

A esto de la residencia y del régimen abierto de visitas se suma la sala de neonatología, que es la cosa más moderna que yo haya visto en mi vida. Parece la contracara del séptimo piso, al menos en lo que respecta a su aspecto. Como si estuviera en otro edificio, en otra provincia y hasta en otro país. Es toda blanca, como una nave espacial, con unas cápsulas aerodinámicas para los mini-astronautas que aterrizan antes de tiempo en nuestro planeta. Cada una de esas incubadoras cuestan como un auto nuevo, según me dijo el Dr. Joaquín. Vienen con unos agujeros a los costados, para que una pueda meter las manos y tocar a su hijo. Como te visten con un delantal y hay que usar cofia, te sentís como una científica nuclear manipulando material radioactivo. Sólo que la radioactiva acá sos vos. Lavarte las manos es lo que más hacés durante todo el tiempo que pasás en este lugar, y no deja de llamarme la atención que algo tan simple como eso prevenga tantos problemas. Cuando el bebé crece un poco más ya los podés sacar de sus cunas supersónicas, tenerlos en brazos y hasta cambiarles los pañales. Eso que a ninguna madre le hace demasiada ilusión, en nuestro caso es como un símbolo de que las cosas marchan por buen camino y te da una alegría inmensa.

—¿Del maestro Pedro de Mendoza?

—¿Maestro?

—El adelantado con delantal.

—Malísimo.

—Sí, lo mismo pensaban los indios.

Digo que la sala de neonatología es la contracara de la residencia, pero sólo en lo que concierne a su escenografía, porque también tiene sus ángeles, las enfermeras. Son todas amorosas, pero mi preferida era Mónica. No al principio, se sobreentiende. Al principio no me daba cuenta de la ventaja que significaba tener a alguien que te explique todo lo que tenés que hacer, como si el bebé hubiera venido con manual de instrucciones. Me enojaba hasta que hablara con tanta seguridad de lo que pasaría a medida que el bebé fuera madurando, como si ya nada pudiera salir mal. ¿Y ella qué sabía? Pero sabía. No sólo como enfermera, sino también como madre. Por esas paradojas de la vida, como me contó ni bien entramos en confianza, su primer hijo había nacido prematuro, es decir que ella había sufrido en carne propia todo lo que sufrían las pacientes con las que trabajaba. Para Mónica había sido incluso peor que para mí y las otras chicas, porque en su experiencia como enfermera había visto cosas de las que mejor ni enterarse, y ahora todas esas cosas le podían pasar a su bebé. A la vez, como le decía yo, no saber lo que puede pasar te llena de miedos, y una termina imaginando cosas más horribles de las que debería. Como una no sabe medir los riesgos, cree que todo es un signo de lo peor. Una vez le pregunté qué le parecía mejor, si saber tanto como sabía ella o no saber nada, como era mi caso. No me supo contestar. Mi conclusión es que lo mejor es, primero, que nunca te pase, y, si te pasa, no imaginar más de lo necesario y seguir al pie de la letra el manual de instrucciones de las enfermeras, incluso cuando esa enfermera sos vos.

Después le pedí perdón a Mónica, por eso de haber estado tan odiosa con ella, pero ella me dijo que no era nada, que había tenido casos muchos más difíciles, de chicas más jovencitas que yo que gritaban

cuando les acercaban a sus hijos. No querían ni tocarlos para no establecer ningún vínculo. Encariñarse con un bebé prematuro es difícil, porque una no lo siente propio al principio. Y a la vez es un riesgo, por el terror que una tiene a que se muera. Negarse a eso es lo mismo que fantasear con que nunca haya nacido. Las dos cosas son normales, me dijo Mónica, porque cuando algo no es normal desde el principio todo lo que sigue, aunque tampoco sea normal, se transforma en normal. Esa idea a mí me ayudó mucho, como que me obligó a pensar todo desde una perspectiva nueva, inesperada. Entonces una deja de aplicar la misma regla que aplicaría en los casos normales, sencillamente porque el suyo es por completo diferente.

Y a la vez no sos la única, con lo que existe otra normalidad, la regla que reúne a todas las excepciones, como decía el Dr. Joaquín. La normalidad anormal te ayuda a reorganizarte dentro de la sensación de profunda tristeza que te agarra una vez que asumís lo que te está pasando y, sobre todo, una vez que asumís que te va a pasar toda la vida. Porque un chico prematuro, eso es lo que te explican una vez que pasó lo peor y una se siente con más fuerzas, triste pero ya no enojada ni *shockeada*; un chico prematuro tiene muchas más posibilidades que un chico que nació a tiempo de quedar con secuelas. Gonzalo, por ejemplo, tiene hipoacusia, o sea que escucha mal, algo que por suerte ya le detectaron bien temprano en el hospital, para lo cual también tienen unos equipos impresionantes. Y no es casualidad, ni excesiva mala suerte: uno de cada mil bebés que nacen en término tienen ese problema, mientras que entre los prematuros hay uno cada cincuenta.

—¿Y si lo disfrazamos de pitufo?

—No.

—¿De pulguita?

—Tampoco.

—¿De hormiguita?

—Menos.

Este zopenco no entiende que justamente se trata de disfrazarlo de otra cosa. Ya sabemos que los otros chicos de su edad, no hace falta que se lo recordemos de esa manera. El gran desafío para nosotras, las madres, es precisamente no estar pensando todo el tiempo en lo difícil que lo tuvo al nacer, ni en los meses posteriores, porque a casi todas nos toca volver seguido al hospital por infecciones de todo tipo. A la vez, tampoco hay que olvidarse de todo eso, porque sería poco responsable. Cuando estuve mejor, y Gonza también, tanto Mónica como el Dr. Joaquín empezaron a hablarme del futuro, ya no en días o semanas sino en meses y años. No es que llegar tan temprano al mundo vaya a tener más tarde, no es una condena inapelable. Hay chicos prematuros que no tienen ningún problema después y viven más tiempo y más sanos que cualquier otro chico que esperó los nueve meses reglamentarios. Pero tampoco hay que ser necios e ignorar que las posibilidades de que le queden secuelas son altas, y por eso es necesario como madre estar siempre alerta. Eso significa no sólo hacerle los controles periódicos que hay que hacerle, que tampoco son muchos más que los controles que hay que hacerle a un chico normal a medida que va creciendo. También significa saber interpretar los síntomas de problemas que en otros chicos una dejaría pasar de largo, o no les prestaría demasiada atención.

Pero sin paranoia, como siempre me decía el Dr. Joaquín. La paranoia, que es como un miedo anticipado, prematuro, puede provocar más incordios que un poco de vista gorda. Ni correr cada cinco minutos al médico, ni esperar demasiado si la cosa no se ve bien. O sea lo mismo que cualquier madre, pero con plazos más ajustados. La alarma se enciende antes, digamos. Es una combinación muy delicada entre superar el trauma de aquellos días en el hospital, y a la vez nunca perderlo

de vista. Porque pese al esfuerzo de los dioses y sus ángeles, y Dios me perdone por invocar su nombre para un ser humano, pero lo que una siente como madre es que un médico que le salva la vida a tu hijo es como Dios, o al menos se ganó el derecho a ir disfrazado con una larga barba a una celebración como ésta; pese al esfuerzo de todos en el hospital, una quiere irse lo antes posible y olvidarse de todo.

—Ya sé, lo disfrazamos de atleta descalificado.

—Porque...

—Porque siempre dispara antes de que salga el disparo...

—Te faltó el “¡Juá!”

—¡Juá!

El único recuerdo profundamente bello que me pude llevar del hospital fue la voz del Dr. Lucas. Nunca dejaré de agradecer lo que el Dr. Joaquín hizo por mi hijo ni me olvidaré ni por un segundo la entrega y la profesionalidad de Mónica, pero la voz del Dr. Lucas me transportaba a otro lugar, por eso la recuerdo como si fuera de antes o de después.

El Dr. Lucas les hace las ecografías a los nenes, y mientras pasa la camarita, canta. La primera vez que tuve que ir a su consultorio y que empezó a cantar, pensé que estaba chiflado, como esos que hablan solos por la calle. Como al principio canta muy bajito, la sensación que una tiene es que el pobre hombre no se da cuenta de que lo están escuchando. Se cree que está en la ducha de su casa, me acuerdo que fue lo primero que pensé. Pero luego noté algo que me hizo saltar las lágrimas de los ojos: Gonza, que se había puesto a gritar, de pronto empezó a calmarse, hasta que se calló por completo. ¡Parecía haber hecho silencio para poder escucharlo mejor!

Y la verdad es que cantaba hermoso. Suavecito pero hondo, desde el fondo del alma, con una voz que te agarraba de abajo como un viento

y te alejaba de la salita, del hospital y del mundo. Cuando lo tuve que ir a ver de nuevo, comprobé que cuando el Dr. Lucas cantaba, Gonza y yo dejábamos de sufrir. La canción que más me gustaba escucharle, y que a él más le gustaba cantar, era “Oración del remanso”, un chamamé bellísimo de Jorge Fandermole. Después me compré el CD y ahora la sé de memoria: *Cristo de las redes, no nos abandones, y en los espineles, déjanos tus dones.*

Esa es otra de las ventajas del hospital público. Una puede encontrarse con gente como el Dr. Lucas, que en cualquier clínica privada lo hubieran hecho callar enseguida. Le pregunté si a todas las madres les gustaba escucharlo tanto como a mí y me dijo, sonriendo, que no. Algunas lo hacían callar, se ve que las ponía nerviosas. Pero me aseguró que los nenes siempre se calmaban. Para ellos escuchar una melodía es la mejor anestesia, me explicó. Por eso también es tan importante que escuchen a sus madres y estén con ellas todo lo que se pueda. De chico el Dr. Lucas había querido ser cantor, pero las vueltas de la vida lo llevaron a estudiar medicina, y por eso ahora despuntaba el vicio con sus pacientes. Pero yo creo que se equivocaba. Como le dije el día que nos despedimos, él había querido ser cantor, y terminó siendo cantor.

—Ya está, lo tengo.

—Mejor soltalo.

—No, esta vez lo tengo en serio.

—Me imagino.

Con todo lo que pasé, al final lo más difícil va a ser encontrarle un disfraz a Gonza. Yo no tengo la culpa de no tener mucha imaginación para estas cosas, ni plata para comprar un disfraz ya hecho. Pero no me quejo. Pobre y todo, a mí y a Gonza nos trataron como a reyes, y sin pedirnos un peso. Por eso el año pasado lo disfracé de rey. Pero se ve

que con eso se me acabaron las ideas. Al menos tuve una buena, cosa que no puede decir mi primo.

—Lo disfrazamos de mí, porque soy un inmaduro.

—¡Juá!

—No te burles, lo digo en serio.

—No me burlo, me río en serio.

—Y yo me pongo serio de la risa que me da.

—¡Juá!

—¡Juá!

—La idea es pésima, pero que te des cuenta de que sos un inmaduro es un gran signo de madurez.

—Y que vos te rías en serio es un signo de que se te empieza a pasar la tristeza. ¡Ya no sabía de qué disfrazarme para lograrlo!

Qué tonto es. Si yo no estoy triste. ¿O sí? Algún resabio de tristeza debe quedarme tal vez. Cuesta readaptarse, olvidar lo que se ha sufrido. Quizá para eso sirve también esta reunión celebratoria, para que los doctores vean que estamos bien, que los chicos que ellos tanto hicieron por allanarles su difícil llegada al mundo ahora están parados sobre sus propios pies y empiezan a hacer su camino. También van algunos que ya lo hicieron, hombres y mujeres que han formado sus propias familias y que llevan adelante una vida completamente normal. Es lindo para los que recién empezamos a readaptarnos al mundo comprobar que el futuro puede ser tan prometedor, que el esfuerzo valió la pena. Y debe ser lindo para los médicos comprobar que no los olvidamos, que seguimos sus indicaciones aun fuera del hospital y que pagamos su esfuerzo con lo que podemos: buena voluntad y agradecimiento.

—*Cristo de las redes, no nos abandones, y en los espineles, déjanos tus dones.*

—¿Qué cantás?

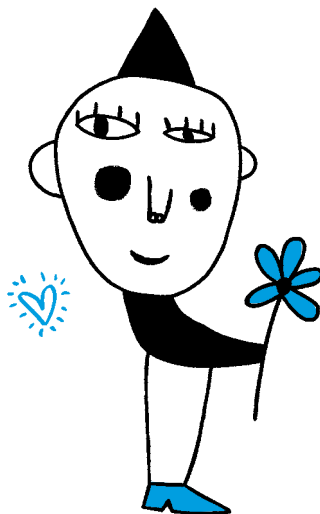
—Lo que se me canta. Opa. ¿Y si lo disfrazamos de cantor de chamamés?

—Me en-cantó.

Mateo Niro nació en San Martín, Provincia de Buenos Aires, en 1972. Es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires, donde realiza el doctorado sobre glotopolítica y dicta clases de semiología desde 1998. También es docente de sociolingüística en el Profesorado Superior “Joaquín V. González” y de narratología en la Universidad de General Sarmiento. Fue coordinador de centros culturales públicos de la Ciudad de Buenos Aires y subsecretario de cultura y educación de la Municipalidad de San Martín. Actualmente es coordinador del Programa de bibliotecas comunitarias del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y dirige el Centro de Documentación Epistolar. Publicó ensayos y artículos en libros y medios especializados de la Argentina y del exterior sobre lingüística y literatura. Es autor de la novela infantil *Los secretos del relojero* y, junto con Facundo Manes, del libro *Usar el cerebro*.

Anagrama

Mateo Niro



El colectivo arrancó y Yolanda apenas había puesto un pie en el estribo. Si hubiese tenido la chance de volver el tiempo atrás y repetir o no la misma acción con el mismo riesgo, seguramente habría redoblado la apuesta. El colectivo no se podía ir sin ella y tenía un largo peregrinaje hasta las puertas del hospital donde, recién le habían avisado, otra vez operarían la cabecita a Axel, su hijo recién nacido. Claro que en ese salto temerario y ese estribo y la mano que atrapa el plástico que rodea a la puerta se halla también la culpa —otra vez— de no haber estado cuando los médicos habían decidido la operación de su bebé. Tener que atravesar un mar de tiempo en el traqueteo del colectivo, mirar fijo el vidrio de la ventanilla, ver sin entusiasmo cómo está el paisaje, detenerse en las madres con sus hijos sanos, en las criaturas que crecen y van a la escuela, fijar la mirada en los peones que, como su Alfredo, construyen los techos para que la tempestad no los arrase, y mientras pensar a Axel sin su mamá, porque ella no está con él, está en el colectivo y no en la puerta del quirófano comiéndose las uñas, acomodándose el flequillo una y otra vez.

La suerte está en que, de tan lejos que viene, consigue asiento. No es que viajar parada sea la muerte, pero así Yolanda pone la cartera inmensa sobre sus piernas, mira otra vez a la ventana, abre el cierre con entereza, mete la mano y entre la ropa arrugada y unas galletitas sueltas, encuentra la revista. Es pequeña, flaca y está doblada de par en par justo donde la dejó en el viaje anterior, el de vuelta desde el hospital hasta la neonatología de Derqui, en la otra punta. Lo más difícil de encontrar siempre es el lápiz negro entre tanta cosa revuelta que va de allá para acá.

Yolanda mira con los ojos perdidos otra vez el paisaje de calles y casas y se sumerge en el crucigrama que había quedado a medio hacer.

Seis letras. Horizontal. Duración de las cosas sujetas a mudanza.

Las seis casillas están libres. No hay huella de nada. Si pudiera resolver alguna que la cruzara no estaría todo tan desierto. Se resigna y salta de renglón.

Siete letras. Vertical. Elemento químico muy abundante en la corteza terrestre cuyo símbolo en la tabla periódica es O.

“Una ayuda”, piensa, “Dios me mandó esta ayuda”. Escribe con la mano inquieta por el movimiento del colectivo: “OXÍGENO”.

El colectivo se iba llenando con gente que subía y que no bajaba. “¿Adónde irían?”, piensa, “¿también a ver a mi Axel?”. “No, claro que no”, se contesta de inmediato con algo de vergüenza. Solo ella va al hospital a estar con Axel porque le abren la cabecita otra vez. ¿Adónde, entonces? ¿Al trabajo? ¿A ver a algún familiar? ¿A pasear por la peatonal? Axel se le había vuelto el mundo y le costaba imaginarse otra cosa. Hasta que nació Axel la vida para ella era uno aparte. Diecisiete años sin saber que podía existir ese colectivo, esa gente que se estrujaba, ese hospital del tamaño de una ciudad, ese corazón que se le salía por la boca cada vez que le sonaba el teléfono o se acercaba el médico de blanco con el anteojito jugueteando en la mano, ese abrazo de Alfredo fuerte con sus brazos de macho cuando le dieron tan poca vida a Axel. “Yo lo quiero a él”, dijo Alfredo, con su forma de hablar corta, cuando les avisaron que Axel no sobreviviría en la salita de Del Viso. “No importa si hay que esperar, pero él se viene con nosotros”, dijo después. El médico le puso cara de no entender y Alfredo habló de nuevo: “Él no se va a morir, doctor, él se queda con nosotros”. El médico se fue y después volvió y le dijo mirando a Alfredo: “Hay que trasladarlo ya”. “¿Y el Alex?”, le preguntó. “Los dos, se van los dos a la neo de Derqui”, dijo el pediatra.

Dos le nacieron a Yolanda siete semanas antes, treinta y tres semanas después. Yolanda podría recordar como una película en cámara lenta esos dos momentos cruciales: el del encuentro sexual que le hizo empezar a correr el tiempo y el que alumbró a los mellizos, Axel y Alex, en esa sala desvencijada con pediatra que quedaba a unas cuerdas de su casa, en Del Viso. En esos dos momentos Alfredo estuvo con ella, él no se fue.

Baja la vista y cuenta los casilleros con oficio.

Cuatro letras. Vertical.

Lee: “Estado de actividad de los cuerpos orgánicos”. ¿Vida? ¿Será “vida”? la anota por las dudas, para no olvidarla: VIDA. Se le ocurrió pensar que la palabra “ensimismada” sería buena para un crucigrama y que dijera: “Estado de Yolanda en el colectivo en esa mañana en que le abrían la cabeza a su chiquito”. ¿Qué podía hacer más que estar consigo misma si Alex se había quedado allá en la neo de Derqui mientras Axel estaba ahí ofreciendo todo de sí para que Dios haga lo que su gracia, que todo lo puede, disponga? Encima, Alfredo está en la obra y ahí no puede atender el teléfono. Así, con ese pensamiento, sólo podía estar con ella.

Es cierto que entrevió el movimiento, como esos autos que pasan a lo lejos o los saltos sigilosos que hace un gato en la penumbra, cuando el anónimo compañero de asiento se movió y se levantó y algún otro (alguna otra) se dejó caer y se sentó bruscamente. Ella, Yolanda, se corre sin mirar y vuelve a contar los casilleros que siguen en el juego.

Seis letras. Vertical. Membrana interior del ojo que recibe imágenes y las envía al cerebro.

Recorre con su dedo otra vez de arriba para abajo y de abajo para arriba. Levanta la vista queriendo pensar y en eso ve que un brazo la cruza y apoya otra mano —que no es la suya— sobre la revista.

—Esa yo la sé: “retina”, es “retina”. Escribila si querés.

Yolanda la mira como se mira confundida a un espectro: con sorpresa, algo de susto y, en este caso, con el espasmo de la revelación.

—Retina —volvió a repetir.

Yolanda bajó la vista y anotó la palabra que le sopló su extravagante compañera: RETINA.

—Gracias, parece que está bien.

—De nada, no hay de qué. Se ve que a las dos nos gustan las palabras cruzadas.

Alrededor de esos dos asientos la gente estaba amuchada. Yolanda los mira con cierta timidez por esta conversación incipiente pero parece que los otros ni se fijan en ellas. Es lógico, pensó, nadie sabe que no la conozco y me habla, capaz que hasta piensan que somos hermanas.

—¿Para dónde vas? —le pregunta la desconocida.

Yolanda no sabe qué contestarle, sobre todo por no saber para qué querría saber de ella. Pero no quiere ser descortés.

—Voy a ver a mi hijo recién nacido que le están operando la cabeza. Nació prematuro.

—Ah, pobre.

—Sí, mi Axel.

—Pobre vos, decía. También pobre Alex.

—Axel, Axel se llama. Alex es mi otro hijo, el mellizo, que está en la neo de Derqui.

—¿Por qué no están juntos?

—Porque a uno se le complicó y lo trasladaron al Garrahan. ¿Conoce el hospital?

—¿Cómo no lo voy a conocer? Lo conozco más que mi casa.

—¿Trabaja ahí? Qué justo...

—No, no.

—Ah.

Se hace silencio. Yolanda no sabe si seguir con su crucigrama o conversar, preguntar más, sobre todo contarle de lo que pasa con las vidas que dio a luz. La mujer parecía joven, aunque no hubiese puesto sus manos en el fuego por eso. Llevaba unos anteojos ridículos que ocultaban, un poco, los ojos que se le movían más de la cuenta.

—¿Te doy miedo? —le preguntó la mujer.

Yolanda se rió con suficiencia.

—No, ¿por qué me dice así?

—Por nada en especial, tal vez por la manera de mirarme.

—¿Cómo me va a dar miedo? Usted no sabe, pero cuando una tiene a dos hijos internados no se le tiene miedo a nada. Sólo a que se mueran, y yo y mi novio nos morimos también.

—Perdón, no quise... Yo también tendría miedo de que se me murieran, y de morirme yo. Pero seguí, eh, seguí con la revista, tampoco quería interrumpirte. Sólo te ayudé con esa palabra: “retina”.

—Sí, gracias, con una difícil me ayudó.

Yolanda no se atreve a mirar directamente la revista, le parece que así demostraría querer cortar la relación. Entonces pasa sus ojos antes por la ventanilla, se acomoda el flequillo (una especie de tic que tenía desde la infancia para cuando se pone nerviosa) y ahí sí baja la vista y lee: “Cualidad contraria a la que otorga la fuerza”.

Diez letras. Horizontal.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Yolanda se sorprende otra vez, como si empezara todo de nuevo, y hace un gesto con su cabeza.

—¿En qué piensa una madre que le operan de la cabeza a un hijo recién nacido?

Yolanda se vuelve a reír de los nervios y a acomodarse el pelo. El colectivo frena de golpe y alguno que otro protesta. Yolanda no responde.

—¿En qué piensa? ¿En qué está pensando en este momento?

—No sé, pienso cuál puede ser esa palabra del crucigrama, la cosa contraria a la fuerza. Encima, tiene diez letras, me podría ayudar a solucionar otras. En eso piensa esta madre. ¿Usted tiene hijos?

Ahora es ella, la otra, quien mueve la cabeza para decir con un gesto “no”. También hace una risa como una mueca. Yolanda la mira mejor. Tiene la cabeza grande que le pende del cuello y cuando recién la movió pareció que podía quebrársele. Pero fue sólo impresión.

—“Fragilidad.” Anotala así te ayuda.

FRAGILIDAD.

—Y ahora que te la dije, ¿en qué pensás?

—Justo en eso, parece una casualidad. Pienso que lo único que me da fuerzas en este momento es la fragilidad de mis dos hijos. Son minúsculos, usted no se lo imagina, son chiquitos como, no sé, esa paloma que está ahí. Y eso me hace fuerte. Parece chiste.

—Sí, puedo verlos. Son casi nada y para vos son todo, ¿no?

—Para mí y para Alfredo. Alfredo es mi novio, el papá de los mellicitos. Él no se fue.

—¿Y por qué se iba a ir?

—Porque los hombres a veces se van. Sobre todo si la cosa se complica. Yo sé de amigas... ¿Usted tiene novio? ¿Está casada?

—No.

El colectivo toma una avenida ancha, ya deja atrás el suburbio de Yolanda, el mundo de Alex y su neo de Derqui para penetrar definitivamente en el de Axel, con sus edificios y los supermercados gigantes. Igual falta demasiado.

—Y decime, ¿a quién querés más?

Yolanda había querido seguir con la próxima palabra pero la pregunta la dejó quieta como una estatua y la obligó sólo a abrir bien los ojos, a latirle el corazón y sudar. No había podido bañarse esa mañana y sentía que el sudor nuevo regaba al viejo. Había dormido en la antesala de la neo en Derqui y no se había bañado. Había previsto ir a su casa apenas se despertara cuando viniera su suegra. Pero Yolanda no pudo ir a su casa por el llamado del otro hospital y la operación —otra más— de emergencia a la cabecita de Axel. Ella ya no le contesta. Mira la revista otra vez y lee: “Encadenamiento de los sucesos considerado como necesario y fatal.” *Siete letras*. Una “t” la cuarta, una “n” la anteúltima. Anota sin pensarlo: DESTINO. La pregunta la dejó nerviosa.

—Estás enojada por la pregunta que te hice. Pero no te pongas así.

Me podés decir los dos y nadie se enoja. Además, tan chiquitos, ni se enteran de lo que piensan los padres.

—¡Claro que los quiero a los dos! Así lo dijo también Alfredo cuando los vio la primera vez: “Los quiero a los dos”.

—¿No se los dieron para arrullarlos?

—No, les di un beso a cada uno con miedo porque parecían romperse si los besaba, pero igual les di un beso a cada uno y se los llevaron. Después sólo podía esperar ahí en la sala, atrás de un vidrio, como si fueran pececitos en la pecera —Yolanda empieza a llorar— ...Dos pececitos...

La otra la mira atrás de los anteojos. Yolanda no sabe si entiende por qué llora, pero no le importa. Si ella no llora para demostrarle nada a nadie, sino porque a veces no puede más. Sobre todo cuando está sola, o con los otros, como en ese momento.

—Todos deberíamos nacer en el momento justo. Cuando se debe —dice la otra.

—Todos nacemos en el momento en que Dios así lo quiere. Y si mis bebés nacieron así fue porque Dios lo quiso y Dios me los va a hacer crecer a los dos, me los va a hacer pesar dos kilos y me los van a dar y los cuatro, con Alfredo, vamos a ir a casa y cuando crezcan a una plaza y vamos a jugar los cuatro. Yo creo en Dios y si usted no cree es cosa suya, pero a mis hijos me los va a salvar.

—Dios no fue bueno con vos. Y si te los salva es porque primero te los mandó así.

Yolanda por primera vez pone los ojos de rabia.

—No quiero hablar más con usted. Prefiero que se calle y yo sigo con la revista y usted con sus cosas. Yo no quiero que me hable más.

—¿No ves lo que está pasando? ¿No me ves a mí?

La otra se saca los anteojos y se señala la cara, se contornea la cabeza y el cuerpo con las dos manos.

—¿Vos te creés que yo soy una criatura de Dios? De un Dios cansado capaz que soy su criatura. Mirame bien. Estoy hecha al revés: tengo la cabeza de Goliat y el cuerpo de David. Esto sí es un chiste. Así somos los que no acabamos de nacer. Les damos gracia a los que nunca se llaman “prematurados”. Nuestra única virtud es no habernos muerto.

Yolanda respira fuerte y grita en ese colectivo y los demás no la miran porque el grito no le sale. La empuja, entonces, para correrla y que la deje pasar pero la otra no se corre y le dice con voz grave:

—No te vayas. Vos no sabés lo que es vivir toda una vida como una esfinge.

Yolanda no puede moverse ya. Sabe que pronto llegará al hospital de Axel y ella no puede moverse.

—No sé quién es usted, si es realmente alguien o yo estoy acá ya muerta y esto es lo que me toca por no haber estado con Axel, pero ya llego, ya llego, por favor, déjeme llegar.

—No te preocupes, Yolanda. Yo ya me voy, así podés dedicarte a tus hijos Alex y Axel, sobre todo a uno, al elegido. Vos y el elegido, los dos no más, porque tu Alfredo se habrá ido. Él ya no está.

—No hay elegido, señora. Córrase de una vez. Mis hijos tienen que vivir. Yo no sé quién es usted y yo le aseguro que van a vivir los dos.

—Le anoto acá en su crucigrama para que sepa quién soy. Yo soy Antonia, pero me conocen más por mi apellido: Layodán, todos me dicen Layodán, así como suena, con acento en la “á”.

Yolanda baja la vista, mira el trazo y las letras una a una con el oficio del crucigramista, siente que quiere vomitar pero tampoco le sale. Se agarra la cabeza. Cierra los ojos y respira fuerte. Ahora tiene miedo de levantarse y caerse. ¿Por qué nadie reacciona, le avisa al chofer que alguien se siente mal?, ¿por qué nadie le pregunta: “se siente mal, joven”, “¿quiere que llamemos a una ambulancia?”, “¿tiene baja la presión?, ¡alguien que le dé un caramelo a la joven!” Pero nadie dice nada. Yolanda

abre los ojos y ve nublado. Mira la ventanilla con desesperación y pregunta al boleo:

—¿Ya pasamos el hospital?

—No, no, es la próxima —le responde uno—. Yo bajo ahí, la acompaño si quiere.

—No, no, déjenme, voy sola, gracias.

Yolanda se incorpora y camina a los tumbos entre las piernas ajenas y el hormigueo de las propias. Llega a la puerta que se abre demasiado lenta. Pisa el estribo con la inseguridad del equilibrista. Son varios los que bajan. Se nota que son muchos los que tienen ahí a sus Axel y dejaron lejos a sus Alex por ahí. Los abrazaría pero prefiere no perder tiempo, caminar casi corriendo. Ya sabe dónde va. Mira a los médicos que se cruzan para descubrir a alguno que conozca, que le pueda decir qué pasa. No ve a nadie, solo caras y algún que otro delantal blanco. Da la vuelta donde hay que darla y sube la escalera donde hay que subirla. Llega al piso de arriba muy agitada, se le sale el corazón para afuera, los ojos se le irritan ahora, pero igualmente ahí lo ve, en la puerta vaivén, parado como el galán de la telenovela que solía ver todas las tardes con su mamá en su casa de Del Viso cuando todavía el mundo no era mundo, ahí está su Alfredo, que no la dejó, que da un paso y otro paso hacia ella, que la abraza con los brazos duros y que le dice:

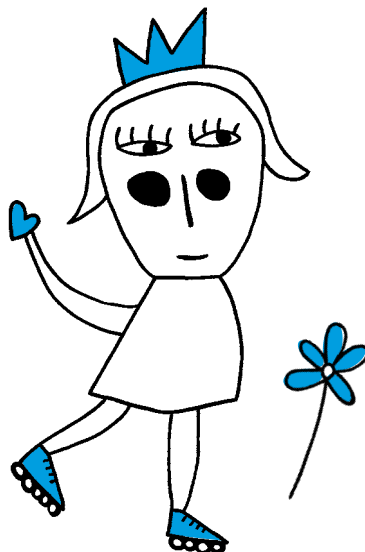
—Me avisó mi mamá de lo de Axel. Me vine corriendo de la obra, no me pude cambiar. Pero no te preocupes que recién lo vi. Lo vi hermoso. Nuestros hijos son relindos los dos.

Sergio Olguín nació en Buenos Aires en 1967. Estudió Letras en la universidad de esa ciudad y trabaja como periodista desde 1984. Fundó la revista *V de Vian*, y fue cofundador y el primer director de la revista de cine *El Amante*. Ha colaborado en los diarios *Página / 12*, *La Nación* y *El País* (Montevideo). Es jefe de redacción de la revista *Lamujerdemivida* y responsable de cultura de la revista *El Guardián*. Editó, entre otras, las antologías *Los mejores cuentos argentinos*, *La selección argentina*, *Cross a la mandíbula* y *Escritos con sangre*. Publicó el libro de cuentos *Las griegas*, las novelas *Lanus* y *Filo*, traducidas al alemán, al francés y al italiano. Su libro *Oscura monótona sangre* mereció el V Premio Tusquets Editores de Novela. Su última novela *La fragilidad de los cuerpos*.

El comienzo de todo

Sergio Olguín

A Gladys Valdez



El secreto para que esta historia termine bien está en los detalles. Los médicos pueden decir lo que quieran. Pueden ir a congresos, a ateneos, escribir libros e incluso pueden darnos indicaciones a nosotras. No dudo que estudiaron cada caso, que conocen todo lo que se ha escrito sobre el tema, pero para que un bebé prematuro salga hermoso del hospital y se vaya a la casa con sus padres hay una sola forma: que las enfermeras de neonatología hagamos nuestro trabajo. Y ese trabajo se hace siempre de la misma manera. El doctor puede decir que es complejo, pero para nosotras es sencillo. Eso sí: no es fácil. Hay que tratar al bebé con la delicadeza de una seda, con la precisión de un relojero, con la sutileza de un desactivador de bombas. Son tan chiquitos cuando llegan a la incubadora. No hay que hacer ruido, no hay que acercarse a ellos abruptamente, ni tocarlos con dureza, no hay que sacudirlos, ni a ellos, ni a la incubadora. No hay que iluminarlos como si fueran pollitos. Ponerles una sonda es trabajo de enfermera tranquila, segura y atenta. Una sonda mal puesta puede no notarse en el momento, pero al mes vamos a tener un bebé con síndrome de alimentación, no va a querer comer. Pocos van a relacionar esa sonda mal puesta con ese estado.

Un prematuro se estabiliza más rápido en contacto con la piel de la madre. Hay que dejar que el bebé sienta el contacto con ella. Nosotras hacemos el trabajo difícil; ellas, las madres, hacen el trabajo esencial para que todo salga bien.

Los médicos también hacen lo suyo, pero pasan, miran, observan con detenimiento: al bebé, la historia clínica, a la madre, evalúan, dan indicaciones y se van. Quedamos nosotras. Veinticuatro horas sobre veinticuatro. Así es como un prematuro sale de aquí hecho un bebé como cualquier otro, listo para vivir su recién comenzada vida.

No todos los bebés que llegan a neonatología se encuentran en la misma situación. Hay toda clase de prematuros. Todos requieren cuidados, pero algunos requieren más de la ciencia que de lo que nosotras

podemos dar. En esos casos soy yo la que observo a los médicos, la que se deja llevar por su conocimiento. Me convierto en los brazos de ellos que se quedan con el bebé: hago todo lo que indican, confío en los doctores como ellos confían en mí. Podríamos hacer juntos ese ejercicio de dejar caer nuestro cuerpo hacia atrás sabiendo que el otro está. Ahí es cuando nos damos cuenta de que somos el mismo equipo.

No importa qué clase de prematuro sea. Todos son mis bebés. Mientras estén aquí, hasta que no tengan el alta para irse a su casa, son míos. Míos y de sus padres, por supuesto. Pero si no sintiera que soy una madre más que vela por ellos no sé si podría trabajar. Soy enfermera, pero mi trabajo es ser madre. Tal vez por eso cada vez que veo a un bebé prematuro ingresar a los cuidados de Neo, no puedo dejar de pensar en mi hijo que ahora es una bestia de setenta kilos y alguna vez fue así de chiquito. Mejor dicho, no tan chico porque nació con casi cuatro kilos. Tuve suerte. Estas mamás no la han tenido. Y yo debo estar con ellas.

Hoy ingresó una nueva bebé. Miré la historia clínica: Milagros nació en la semana 32, pesó al nacer un kilo trescientos gramos. La tercera parte de lo que pesaba mi hijo. No tuve que leer su historia clínica para darme cuenta de que había desarrollado correctamente los pulmones. Su llanto se hacía oír como un canto de victoria. Y eso siempre es un buen comienzo para estas historias.

Los padres, Miriam y Marcos, están hablando con el médico a cargo de Neo. Es un doctor joven, que siempre parece algo enojado, pero es para disimular su juventud. Tiene experiencia, y mucha. Le alcanza una mirada rápida para saber cómo está cada paciente. Yo siempre le digo que debe tener un pacto con el diablo, porque no puede ser tan joven y haber visto tanto, tener tanto conocimiento de campo. Solo en ese caso se sonríe un poco y me dice que cada hora de guardia en un hospital público del Gran Buenos Aires es un año de posgrado en

un hospital escuela de Estados Unidos. Porque él estudió también allá, aunque nunca haga aspavientos de su currículum.

Serio y todo suele transmitir seguridad a los padres. Uno les mira las caritas a esos padres y es imposible no querer ayudarlos. Los ojos tienen la alegría de ver vivo a su hijo, los gestos son de preocupación y miedo. No saben si llorar o reír y basta que el médico los aliente o ponga un reparo pesimista para que hagan una cosa o la otra. Además los padres se ponen ansiosos. Quieren saber qué va a pasar, cómo y cuándo sus hijos se van a poner bien y se podrán ir de ahí. Como un mantra, él les repite:

—Vayamos día a día.

Les dice que lo importante es que estén compensados, que aumenten de peso, que crezcan y se desarrollen como un bebé nacido en término. Los padres no se conforman, quieren más precisiones y él insiste:

—Día a día.

Cuando los padres se quedan conmigo trato de hacerlos hablar. Sé que eso los ayuda. Yo ya conozco los datos clínicos de mi nuevo bebé pero prefiero que ellos mismos me los digan. Cuántas semanas de gestación llevaba al nacer, cuánto pesó. Me repiten lo que les dijeron los médicos, me repiten las preguntas que les hicieron a todos los profesionales que se cruzaron previamente y yo trato de responderles todas las dudas, seguramente diciendo lo mismo que ya escucharon.

Miriam me cuenta su embarazo mes a mes. Me dice que a la semana veinte comenzó con contracciones. La internaron. Ella sufría porque pensaba que podía perder a su hija. Rogaba que el embarazo continuara hasta que la beba pudiera nacer sin mayores complicaciones. En esa ocasión pudo volver a casa, pero después la obstetra descubrió que su hija no crecía en la panza, que había que hacerla nacer. Que era riesgoso, pero necesario. Que una vez de este lado del mundo íbamos a estar todos nosotros para hacer que la beba completara el crecimiento

necesario. Miriam me dice con lágrimas en los ojos mientras acerca suavemente su mano al brazo de su hija, que es casi tan ancho como uno de los dedos de un adulto:

—Tenía miedo de que naciera deforme, o con los órganos sin desarrollarse.

Le digo que tiene una beba hermosa y que cada día que pase se va a poner más linda. La madre quiere sonreír, no quiere llorar.

También les digo que deben tener paciencia, que es el primer día de muchos que van a pasar aquí. Que el caso de su bebita es de los más sencillos, que estén tranquilos.

No les aclaro que por más sencillo que sea el cuidado de la beba, vamos a tener que hacer cada movimiento con una precisión que los asombraría si supieran la destreza que se necesita. ¿Cuántos bebés pasaron por mis manos? No los llevo contados, pero son cientos, tal vez miles. Y si bien hubo casos inolvidables (por lo trágico, por lo conmovedora de la recuperación) ninguno me despertó la indiferencia. Eso no se los digo tampoco, pero les aclaro que todas las enfermeras de Neo estamos para cuidar a su bebé. A todos nuestros bebés que duermen en las incubadoras.

No es fácil ponerle una sonda a un bebé, mucho menos a un bebé prematuro. Para eso estamos nosotras. También para pincharlos y sacarles sangre, para ponerles una vía. Ese sufrimiento que todo paciente internado debe soportar y que en un bebé una siente que es mil veces peor, mil veces más doloroso.

Pero hay muchas cosas del cuidado de un bebé prematuro que cualquiera puede aprender y es lo que trato que cada padre, que cada madre observe, practique, incorpore a su vida. No es que ellos tengan que tratar con prematuros en el futuro, tal vez nunca más usen ese conocimiento, pero yo siento que cuando uno de mis bebés deja la internación estamos lanzando al mundo una madre o

unos padres que saben que es posible que a un prematuro se lo salve y se lo haga crecer de la mejor manera, que es —por supuesto— la manera correcta. Y que eso va a hacer que a su vez transmitan ese conocimiento a sus familiares, a otros que van a pasar por una situación similar y van a poder exigir que a sus bebés nacidos antes de término se los cuide de esta manera. Como dice mi compañera Celia, una enfermera que tiene la misma experiencia que yo: les llenamos la cabeza a los padres. Es el precio que tienen que pagar por estar aquí. Es un buen precio.

A partir de ese momento voy a ver a esos padres todos los días. Sobre todo a ella, a Miriam, que se va a quedar internada con Milagros. Las madres tienen una residencia dentro del hospital donde quedarse mientras sus bebés están en el servicio de Neo. Ahí conviven, se conocen, comparten experiencias con otras mujeres que pasan por situaciones similares. Verán irse de alta a algunas madres con sus hijos mientras ellas siguen acá, y también verán quedarse a otras cuando les toque irse. Siempre es así.

Todo lo que indican los médicos, todo lo que podemos hacer las enfermeras del servicio de Neo, estaría librado a la suerte si no fuera por la presencia física de las madres. Nosotras estamos detrás de ellas insistiéndoles para que haya un contacto físico constante entre los bebés y las madres. No solo cuando los amamantan o les dan la mamadera, sino la mayor parte del tiempo.

A la semana de que estuvieran acá, bañamos a Mili, ese cuerpecito tan pequeño que comenzaba lentamente a crecer. La secamos con la paciencia y la tranquilidad que son necesarias en estos casos y le pasamos la beba a Miriam para que la pusiera debajo de su ropa, piel de la madre en contacto con la piel de la hija. Marcos observaba la escena. Se lo veía emocionado. Fue un momento perfecto. Un momento habitual en Neonatología.

Algo que pude comprobar en todos estos años: una vez pasados los primeros momentos de preocupación después del parto, los padres varones suelen ser los que más lloran.

Marcos no podía quedarse a dormir en la residencia de las madres. Los primeros días pasaba las noches en los pasillos, durmiendo en los sillones. Intentaba estar cerca en todo momento. Después, cuando vieron que Mili comenzaba a crecer tal como estaba previsto, dejó su guardia permanente y armó una nueva rutina: del trabajo al hospital. Cada tanto andaba preocupado porque no conseguía comprarle ropa a Mili. Ni siquiera el talle más pequeño, pensado para bebés prematuros, le quedaba bien. Todo era muy grande.

A los quince días, la ropa que tenían guardada para Mili comenzó a quedarle mejor.

A los dos meses y medio, en el día setenta y cuatro, le dieron el alta. Setenta y cuatro días y sus noches, en los que Milagros fue mi beba, como los demás bebés que pasan por el servicio de Neonatología, con sus problemas, su gravedad y con todos los miedos y las ilusiones de sus padres.

Milagros deja su lugar a un nuevo bebé. Los padres de ese bebé tendrán la misma cara y los mismos gestos de Miriam y Marcos. Pero ese chiquito será para nosotras único y lo trataremos como si no hubiera ningún otro, aunque tengamos que multiplicarnos, trabajar doble turno, no saber de francos, de feriados, aunque todo eso implique dejar de lado tantas otras cosas que queremos y a tantos seres queridos. Porque somos las que debemos estar para que ese cuerpecito apenas más grande que una mano abierta sea un bebé dispuesto a devorarse el mundo que lo espera.

Miriam y Marcos están felices resolviendo los últimos papeles previos al alta. Observo a Mili, tan rozagante como el bebé más perfecto. “Adiós, mi bebé”, le digo.

Los padres me saludan con ese agradecimiento que solo se puede manifestar con un abrazo cálido. A ellos les digo que hoy no es el último día de nada sino el primer día de Milagros en una vida que también necesita cuidados, protección y padres atentos.

Es cierto, me pongo demasiado en abuela dando consejos. Siempre me lo dice Celia cuando los padres se van. Celia también dice que los padres suelen recordar más a los médicos que a las enfermeras cuando cuentan lo que vivieron durante la internación en Neo. Como si eso fuera lo importante, le rezongo yo. No estamos acá para ser recordadas, ni para llevarnos nada más allá del abrazo agradecido.

Tengo una fantasía: que los bebés recuerdan en alguna parte de su memoria a aquellas manos que cuidaron de ellos durante los peligrosos primeros días de su vida. Así que cuando viajo en colectivo o espero en la cola de algún banco, pienso que aquel chico que me deja pasar, o aquella chica que me sonrío, alguna vez fue uno de mis bebés. Ellos lo saben. Yo lo sé.

Patricia Suárez nació en Rosario en 1969. Es escritora y dramaturga. Vive hace diez años en Buenos Aires y tiene una hija que se llama Alegría. En 2003 recibió el Premio Clarín de Novela por *Perdida en el momento* y la última ha sido publicada por editorial Ross con el título *La prueba viviente*. Su trilogía *Las polacas*, sobre la trata de blancas en la Argentina en la década del '30, recorrió casi todos los países de América Latina y será convertida en un musical en el Gala Theatre de Washington en el 2015. Recientemente se estrenó *Rudolf* en Madrid, dirigida por Cristina Rota. Escribe la columna de Caty Kharma todos los viernes en el suplemento "Mujer" de *Clarín* y está planeando un libro sobre las aventuras de su personaje. Es adicta a comprar toda clase de libros, a las clases de spinning y al Candy Crush.

Mateo

Patricia Suárez



Esta noche hicimos el amor con mi marido. No lo hacemos todos los días, por el cansancio y esas cosas de la vida. Así que pasó y después, hasta más de la medianoche, me quedé quieta mirando el techo con los ojos muy abiertos, hasta que me pareció que se formaban estrellitas amarillas. Oía el latido de mi corazón, ir y venir dentro de mí; también la respiración mansa de mi marido. Era la primera semana del otoño y el clima estaba raro, hoy hacía calor y mañana caía un temporal. Nosotros estábamos raros; la comida de siempre, las verduras, la carne, las mandarinas nos caían mal al estómago y culpábamos a la cerveza; comentábamos sin creérselo mucho que a lo mejor adulteraban la bebida con otra sustancia, más espesa, indigerible para el hígado. Nos conocimos en el hospital donde trabajo; él, en el comedor, y yo en la sala de neonatología. Me gusta ser enfermera neonatal, me gusta trabajar con bebés; sin embargo, hay días en que siento que al cerrar los ojos me invade un cansancio profundo, como si fuera a quedarme dormida en ese mismo instante. Y no es el trabajo lo que me agota, no. Es el deseo: el deseo de que cada uno de esos chicos que pasan por mis manos, vivan. Me gustaría ser más aséptica, al menos para que no me tiemblen las piernas cuando llego a la sala y me entero de una mala noticia o para que el corazón no se me acelere al informar a los padres una dificultad. No logro ser más aséptica, y en el fondo creo que lo de la asepsia es un cuento, un aferrarse a que el deber médico es lo más importante y que la cadena de acontecimientos no está determinada por nosotros. Digo “nosotros” pensando en la gente que trabaja en el hospital, los trabajadores de la salud; en realidad, debería decir “los seres humanos”. Un día, me sentía tan triste que no podía estar más de pie en la sala sin llorar. Entonces fui al comedor y él, Sergio, que acababa de preparar la cena para los internos, me obsequió una manzana asada, con azúcar y canela. No sé si él me gustó en ese mismo instante o fue la magia que obró la manzana, magia que viene obrando desde el Jardín del Edén,

digamos, y me hice adicta a la manzana asada y a él, al anochecer en el comedor manteniendo los dos conversaciones quedas, en susurros, pequeñas charlas en las que no nos contábamos nada importante; sólo nos hacíamos compañía. Así nos enamoramos, creo yo. Y al poco tiempo ya salíamos y nos hicimos novios.

Pero esta semana, unos días atrás, incluso habíamos hablado de tener un hijo. No se trataba de un berretín cualquiera, como cuando este verano tuvimos la fantasía de ir al Caribe y hasta ahorramos para hacerlo y después de pronto se nos fueron las ganas y nos conformamos con una casita en Tigre. O cuando compramos los jugos de sobres para un concurso sobre una película de papagayos en 3D, que si ganabas te ibas de viaje al Mato Grosso. Tomamos como sesenta litros de jugo de sobre, sabor Naranja Dulce, Pera y Mango, y siempre nos faltó una figura que completar para llegar a la selva amazónica. Me quedó grabado el sabor artificial del mango para siempre, el olor a plástico, qué asco. Tal vez un día iremos a Mato Grosso y para ese entonces seamos tres, o cuatro. Quién sabe cuántos podremos ser en mi familia, cuántos me habitarán primero a mí por dentro y después mi casa, nuestra casa. Mi marido y yo no tenemos hijos y hace ya cuatro años que estamos juntos; mi marido dijo que sí, que ya era hora, que ya es tiempo. Además nos queremos, queremos tener hijos, es el momento para hacerlo, digo yo. La plata no alcanza y el trabajo es cada vez más exigente, pero siempre es así; las mujeres que ya son madres y están satisfechas con serlo dicen que nunca es el momento ideal, que ese momento no existe, que todo en la vida del ser humano está regido por el misterio y la impredecibilidad —ay, qué palabra difícil esta, pronunciarla y sentirla—: su concepción, su nacimiento, la hora de su muerte: sobre estas tres cosas, no hay ninguna certeza. Que la mayoría de los embarazos, y por ende, los niños, no son buscados ni planeados, sino que llegan, así, sin más. Deseados desde antes de la concepción o deseados después, mucho después; lo cierto

es que el deseo marca la pauta de cuándo vendrán los hijos. Algunas cosas parece que las sabemos, pero no sabemos nada: se dan los casos más extraños de chicos concebidos a deshoras o por madres enfermas y desahuciadas a las que les habían diagnosticado que jamás podrían tener hijos. Con el nacimiento pasa un poco lo mismo: aunque los médicos programen una cesárea, tal día, a tal hora, la realidad es que el bebé puede aparecerse antes y no a la hora convenida. El ser humano no dispone cuándo y cómo ocurre la vida y la muerte. Y yo me digo y es lo que querría conversar y decirle a mi marido: para tener un hijo, además de amor, de deseo, de buena suerte, hay que tener coraje. Mucho, mucho coraje. Porque no quiero salirle a él con cómo fue mi nacimiento, porque tengo miedo de asustarlo, aunque él algo debe saber, intuir, porque es algo que cuento cuando estoy trabajando en la sala y veo a unos padres desesperados que no se animan a pronunciar la frase fatídica de: “¿Morirá mi hijo? ¿Tiene posibilidades de sobrevivir, de salir adelante, de convertirse primero en un bebé normal y luego en un niño normal? ¿Quedará para siempre de dimensiones minúsculas?”. Si no fuera porque siento lo angustiados que están, podría reírme. Pero no me paso de hacerles una sonrisa, honesta; temo que crean que me estoy burlando de ellos. Entonces les cuento mi nacimiento, el que yo sé que fue, porque recordar, obviamente no lo recuerdo, el que mis padres me contaron y el que quedó documentado en viejas fotografías, en Polaroids, porque cuando yo nací estaba de moda la Polaroid y mi mamá me quería fotografiar a cada rato, cuenta papá, del miedo que tenía de que de un día para el otro ya no pudiera estar con ella, estar en este mundo. Y ya ven: mido casi un metro setenta y peso ochenta y algo de kilos, porque estoy un poco pasada de peso. (El matrimonio con un cocinero me hizo subir de peso, ¡era lógico! Empezó con la manzana asada con canela y siguió con isla flotante, sopa inglesa chorreadísima de moscato, chajá con trocitos acaramelados de merengue y durazno...)

Algunos de los papás que me oyen se consuelan y otros no; creo yo que son los que necesitarían hablar con mis padres, con mi papá sobre todo. Porque le debo a él haber sobrevivido; al más terco de los hombres sobre esta tierra: mi papá, Carlos Adhemar Castelnuovo. A veces, me gusta imaginarme ese momento como un cuento de hadas, como esos comienzos de los cuentos de hadas, donde los reyes de una tierra en el confín del mundo desean tener hijos y no pueden, o pueden luego de muchas dificultades y tienen un bebé precioso, de piel blanca como la nieve, cabello negro como ala de cuervo y labios rojos como la sangre y llaman a ese bebé, esa nenita, Blancanieves. Después de todo, haya llegado en buen o mal momento, un bebé siempre es un tesoro para sus padres. Me gusta pensarme así, decirlo así a veces, y es así como se lo voy a contar a mis hijos el día que cobre coraje para tenerlos: “Había una vez, en un reino muy, muy lejano, un rey y una reina que deseaban tener un hijo. Tanto pidieron al Cielo, que un día la Providencia los premió con uno. Era una hija a la que en su fuero interno habían pensado llamar Cabellitos de Oro, pero resultó que a la hora de su nacimiento la niña tenía el tamaño de un dedo pulgar y por eso la llamaron Pulgarcita...”. Creo que es un cuento de Andersen; algunas veces no lo titulan Pulgarcita, sino Almendrita, porque la niña era del tamaño de una almendra.

Almendrita, yo. Aunque era más grande, del tamaño de una botellita de Coca Cola y mi piel transparente como la de una carpa blanca, de esas que nadan en el estanque del Jardín Japonés. “No tiene posibilidad de sobrevivir”, le dijo el médico a mi papá cuando yo nací, de seis meses y medio. A veces pienso que si ese médico hubiera conocido a mi papá de más tiempo, si, por ejemplo, hubieran ido en el pueblo a tomar una caña los días de mucho frío, o a jugar al billar, jamás le hubiera hablado así. A mi papá no podía morírsele un hijo: era algo que no cabía

en su cabeza: antes podría existir el primer tsunami de agua dulce, bajar del cielo Cristo en persona o podía derrumbarse la Catedral de Santo Domingo de Guzmán, que así es como se llama la catedral de mi pueblo, podría pasar cualquier cosa, pero nunca, nunca, morírsele una hija. Improvisó, con la ayuda de una pediatra, un viaje relámpago a Buenos Aires en una ambulancia. Otros, en su lugar, hubieran llorado, se hubieran golpeado el pecho, hubieran insultado a Dios. Él y la doctora armaron una caja con sabanitas estériles, y botellas de agua caliente para mantener la temperatura del cuerpo del bebé. Mi temperatura. Un bebé prematuro no sabe que nació; un bebé prematuro sueña que aún está en el vientre de su madre. Creo que es lo básico que hay que entender de todo esto: que uno debe ayudarlo a que su sueño sea lo más plácido posible hasta que pueda despertar. Viajaron en la ambulancia durante cinco horas, haciendo paradas estratégicas para cambiar el agua de las botellas y que no bajara la temperatura de mi cuerpo. Muchas veces me pregunté: ¿cómo aguantaba mi papá eso? Yo veo todos los días a las mamás y los papás sentados fuera de la Neo, esperando a entrar para tocar a sus hijos, para —el que está mejorcito— levantarlo y acariciarlo. Están ahí sentados sin dudar, como si todavía la carne de ellos estuviera unida al bebé, como si el cordón umbilical se hubiera vuelto tenue o invisible y fuera desde la madre al bebé que está en la cuna. Cuando salgo a abrirles para hacerlos pasar, las madres saltan del asiento, alborozadas, los ojos brillantes, las manos un racimo de flores. Estoy segura de que ninguna de todas ellas visitó con tanta alegría al novio, a un amante, nunca. Por tristes que estén, esos padres jamás están abatidos. Nadie se permite dudar sobre la vida de su hijo; es lo que decía antes de mi papá: podrá abrirse la tierra en dos pedazos, despertarse y andar los muertos vivientes, podrán los ciclones volar la copa de todos los árboles de los bosques, pero un hijo propio jamás va a morir. Y no es la esperanza lo que los sostiene. A los abuelos, a los hermanos los

sostiene la esperanza; a los padres, no. Están más allá de la esperanza; ellos construyeron la esperanza y ahora están más allá, en la certeza, en la fuerza. Una mamá me lo dijo cierta vez: “La esperanza se construye”; su bebé nació de cinco meses y ella iba y venía todos los días, cada día, desde Ezeiza para verlo crecer. Nadie viene a enterrar a su hijo; vienen a entregarle el restito de vida que le faltó para estar completos, para ser normales.

Ahora mi marido se revuelve en sueños; me gusta mucho mi marido. Es práctico, no le gustan las dubitaciones, las postergaciones. Si alguien quiere una cosa, tiene que ir a por esa cosa. No puede quedarse sentado sobre el tocón mirando la vida pasar y preguntándose qué es lo correcto. A veces lo correcto se descubre andando, dice él. ¿Queremos tener un hijo? Tengamos ese hijo, esos hijos, y nos volveremos padres durante la crianza, no antes. Esa practicidad me gusta y sus ojos claros, limpios, interrogantes, iguales a los de su abuelo. El abuelo venía de Rusia, cuenta él, y tenía los ojos chiquitos, achinados. No entendía ni jota de castellano, entonces preguntaba a cada rato: “¿Qué dice?” “¿Cómo dice?”, y las preguntas que hacía para vérselas con la nueva lengua le ensancharon sus ojos. Es una leyenda familiar: yo estoy segura de que nuestros hijos tendrán sus ojos. Los míos no son lindos, creo yo. Aunque mi marido dice que es una tontería de las mujeres opinar que unos ojos son lindos y otros feos según si son azules o avellana; los ojos que saben mirar son lindos. Los que no saben mirar no lo son, por muy coloridos y pestañudos que sean. Igual a mí me gustaría tener los ojos de mi papá o mi mamá, pero la retinopatía me produjo este defecto de visión. Tal vez hubiera podido evitarse, no lo sé.

Cuando fui bebé estuve noventa y seis días metida en una caja de cristal luchando por mi vida. Eran problemas con el hígado, con las transfusiones, con mi tipo sanguíneo, con los ojos. Yo no tengo recuerdo de semejantes días, aunque alguien me dijo que si un doctor me

hipnotizara, yo podría recordarlo. Me acordaría de los sonidos, las voces. En el hospital donde trabajo, cuando le dan el alta a un bebé, el neonatólogo a cargo lo alza en el aire y le dice con calidez: “Chau, Martín” —o “Chau, Candela”, “Chau, Thiago”, “Chau, Olivia”, el nombre que tenga— “vos no te vas a acordar de mi nombre, pero siempre vas a recordar mi voz. Yo fui tu doctor, que tengas buena vida”. Yo, en cambio, estrecho la mano de los padres y al bebé lo saludo con un gesto, nada más que un gesto, pero pongo mi corazón en eso. Los padres no nos dan mucha atención en ese momento y es lógico: ese día se convierten en padres de verdad, con su hijo en la cuna, en el hogar, en la casa. Ese día se convierten en una familia.

Mi marido abre un ojo y me pregunta con voz queda:

—¿Qué hacés despierta?

—Nada.

—¿No podés dormir?

—No tengo sueño.

—Pero tenés que dormir.

—Sí, pero no tengo sueño.

Podemos tener esta clase de diálogo hasta la mañana, en serio. Porque lo único que él pretende es que yo apague la luz del velador, me acueste a su lado como corresponde, y lo abraza.

—¿Qué te pasa? Decime, Clarita.

—Nada. Pienso en mi papá. Cómo aguantó, cómo pudo aguantar...

—Pero ahora salieron campeones. Tienen un año para estar felices y olvidar los seis años de disgustos. Pero esperá a que All Boys renazca de las cenizas y...

—¿De qué hablás, Sergio?

—De River. ¿No estás hablando de River?

—No.

—Tu papá es de River.

Odio contarle algo importante cuando está dormido.

—Sí, mi papá es de River. Pero no es importante eso.

—Porque a vos el fútbol ni te va ni te viene; pero yo lo vi llorar cuando descendió a la B.

—Sergio: me preguntaba cómo hizo mi papá para ser fuerte y darme la vida. Dos veces me dio la vida: cuando me engendró y cuando me salvó llevándome al hospital.

—Probablemente, la primera vez habrá sido más divertido.

—¿Ves que no me entendés?

—Clarita, yo soy fuerte.

—...

—¿Vos me querés? ¿Vos tenés fe en mí?

—Sí.

—¿Entonces? Vení, acurrucate acá. Dormite.

Apagué la luz y me acosté medio encima de él. Éste era el nido que yo quería para mí, el lugar donde anidaría nuestra familia: sus brazos y los míos.

Antes de dormirme pensé: “Había una vez un rey y una reina que querían tener un hijo. La reina estaba bajo un hechizo y por ello temía que su hijo fuera a ser del tamaño de un garbanzo. Ella le decía al rey, todos los días: ‘Yo no quiero tener un hijo que sea del tamaño de un garbanzo. No seré capaz de cuidarlo y criarlo, y mi corazón se romperá de tristeza cuando vea lo difícil que será para él crecer y ser respetado por los súbditos de nuestro reino’. El rey que era un hombre muy bueno y querido por los suyos, también era un rey poderoso. Como era muy astuto, dijo a la reina que a él las hadas le habían dado un don: la fuerza. El rey poseía la fuerza para que el garbanzo que pudieran tener de hijo creciera hasta volverse un chico alto y normal, como todo el mundo. Aunque tal vez un poco pálido, para el gusto de las futuras princesas. La reina sospechó que era un cuento del rey, pero ella amaba a ese rey y

amaba al príncipe desde antes de nacer. Así que aceptó tener ese hijo que tanto quería y cuando nació, lo llamaron Mateo. Sí, Mateo. Y fue un príncipe absolutamente normal, aunque un poco pálido, claro está”.

—Sergio, Sergio —lo desperté—, ¿a vos te gusta el nombre Mateo?

—¿Qué?

—Al bebé, ¿le podríamos poner Mateo de nombre?

—¿Mateo? Sí, está bien. Mateo. Suena bien.

Ana Cerri nació en Rosario en 1947. Estudió Ciencias de la Comunicación (UCA, Rosario), Psicología del Profundo (Universidad Gregoriana, Roma) y Teología (Colegium Teresianum, Roma). Su libro *Límite Oeste* inició la colección de narrativas de ediciones Peak-a-Boo. Sus cuentos han sido publicados en la *Revista Ñ*, en la página de la fundación TEM, en la revista *Kundra* y en el sitio de internet “Muchos días felices”; también han sido leídos por la poeta Diana Bellessi en el *blog* de Patricia Kolesnicov. Su segundo libro está en preparación.

Por suerte. Gracias a Dios

Ana Cerri



Llovía.

Jaime sabía cuando llovía por el ruido de las gotas en el techo o porque se mojaba. Así, como con la lluvia, iba aprendiendo a reconocer las cosas, tocándolas, oyéndolas, sintiéndolas en su propio cuerpo.

Esa tarde, mientras el repiqueteo se seguía empecinando contra las chapas, Jaime oyó algo así como un quejido. Estaba sentado en el piso, sobre una manta. Tenía distintos objetos que pasaba una y otra vez por sus manos para identificar qué eran e ir descubriendo cómo podía usarlos. Prestó atención y tanteando la pared se levantó y buscó con el oído esa especie de llanto raro. Llegó a la puerta, la abrió y tocó algo blando con su pie. Se fue agachando con la manito tendida y se encontró con el pelaje húmedo y un cuerpo tembloroso que lo conmovió. Buscó con las dos manos y supo que era pequeño, que tenía frío y que estaba asustado. Su tío, solo algunos años mayor que él, llegó corriendo y gritó:

—¡Un perrito! ¡Tenemos un perrito!

Lo entraron y mientras lo secaban, Jaime hizo su reconocimiento táctil y el animalito le lamió la cara. Él lo abrazó muy fuerte y desde ese instante lo amó.

Yésica le estaba contando lo del perrito de su hijo a la médica que en adelante le haría los controles en el Garrahan. Empezó por el final pero la doctora, que ya había visto la ficha, la fue llevando. Quería escuchar personalmente la historia y de boca de la propia madre.

A la chica le dio confianza verla joven y disponiendo de todo el tiempo del mundo para ella. Así que le contó con sencillez y lujo de detalles, la versión que ella tenía sobre cómo Jaime, el hijo de su inconclusa infancia, había quedado con las secuelas que lo acompañarían toda la vida.

Ni la retinopatía, ni las vendas, ni las ayudantes. La madre-niña cuenta lo que pudo entender. Cuenta lo que la mínima o nula información le

hace entender. Sobrelleva su historia y la de su hijo como sobrellevó lo que desembocó en su embarazo y en su prematura maternidad. La ignorancia es como otro sacramento.

Ella, Yésica, tenía quince cuando se embarazó. No se indispuso por dos meses y empezó a sentir ganas de vomitar, como su mamá cuando “quedó” de los hermanos. No sabía muchas cosas al respecto, pero de verla a su madre y a muchas de las chicas del barrio, sacó sus conclusiones. Fue sola al hospital porque no quería decir nada sin estar bien segura. Había terminado la escuela el año anterior y no había seguido estudiando. Ayudaba en la casa pero no hacía otra cosa y sabía que si eso llegaba a ser cierto todo cambiaría mucho, y mucho.

El resultado fue positivo y su madre no se sorprendió. Es más, cuando volvió del hospital con la noticia y daba vueltas sin poder abrir la boca, la que habló fue la mujer:

—Donde comen cuatro, comen cinco. Ni se te ocurra interrumpir nada. En esta casa no se tienta a Dios con esas cosas. Él nos va a ayudar.

Era verano. Yésica se quedó toda la tarde en el patio tocándose la panza, como si ya la tuviera enorme. No se daba cuenta de que no terminaba de darse cuenta.

En los meses que siguieron partía de madrugada a hacerse los controles. El hospital estaba siempre lleno y había que esperar. Era mejor ir temprano. Ella tomaba el 51 y su madre seguía hasta la estación para tomar el tren que la llevaba al trabajo.

Ese martes a la mañana antes de salir (estaba en su sexto mes), notó una pérdida, unas manchas apenas. No dijo nada y se fue. Después de una revisión de rutina, la médica le pidió que esperara para hacerle un control más exhaustivo y no bien hizo el tacto, se dio cuenta:

—No te vas, “mami”; está para nacer. Tranquila. Ya hay dilatación suficiente. Tranquila.

—¡Pero si son solamente seis meses! ¡No puede ser!

Nada. Nada más. En menos de lo que pudo pensar estaba en la sala de parto y le estaban poniendo suero. Es lo último que recordaba.

Yésica fue despertando lentamente y mucho después. “Escuchaba despacito y no veía. Se habían pasado con la anestesia”, según sus propias palabras. Había sido una cesárea, y poniendo los dos dedos índices muy cerca intentó mostrar que su bebé “era así de chiquitito”. Así de chiquitito significaba menos de mil quinientos gramos, incubadora, lámpara y todo lo que la prematurez trae acarreado.

Ella dijo que “gracias a Dios” estaba acompañada; que su madre había ido a acompañarla pero que quería arreglarse sola. Pasó un mes internada hasta que recuperó la vista y la audición. Rara señal, como si no quisiera ni oír ni ver la realidad a la que estaba entrando.

Decidió, como puede decidir alguien de su edad que no está ni asesorado ni contenido, que no quería la asignación ni los beneficios que le correspondían por ser adolescente ella y prematuro, su hijo. “Voy a esperar a ser mayor y hacer todo yo”, era su argumento. Y suya fue también la razón para darle nombre y renombres al pequeño. “Jaime Carlos Isaías Cuello Alcántara, se va a llamar.” Y en eso quedó el chiquito que nada sabía de las determinaciones de su niña-madre afectada por el exceso de anestesia. Con más nombres que posibilidades, bajo la lámpara y con los ojitos vendados, “así de chiquito”, Jaime se aferró a la vida.

Yésica recibió el alta después de ese mes. Hasta entonces no había visto a su hijo. Lo encontró en la incubadora, con la lámpara, las vendas en los ojos y muy chiquitito. Al principio no la dejaban estar mucho pero después sí; al final ya sabía todo y lo cambiaba y lo bañaba y entraba y salía cuando quería.

La médica la escuchaba atenta y la miraba como quien mira a alguien que la suerte fue llevando porque en la suerte confiaba. “Por suerte todo bien”, repetía Yésica una y otra vez. Y debe de haber sido la suerte la que la llevó hasta ahí, hasta el Garrahan, para que la empezaran

a contener, a explicar, a revelar que, en algunas cosas, a la suerte hay que darle una mano.

—¿Cómo te diste cuenta de que Jaime no veía?

—No veía y ni oía. Se le desprendió la retina porque cuando las enfermeras se tomaron vacaciones llegaron las aprendices y se ve que ellas no sabían que había que ponerle las vendas en los ojos cuando tienen la lámpara y entonces se le desprendió la retina. Eso fue. Y se dio cuenta la doctora B. cuando lo traje porque se le repitió un resfrío y acá le hicieron todos los estudios. Allá, en el otro hospital, no le hicieron nunca ningún estudio; nada.

—¿Y vos no hiciste nada?

—Y, no... yo era menor, no tenía mucha idea y le tenía que dar algo así como un título a mi mamá y no quería. Ahora ya tengo dieciocho y estoy empezando a moverme. Él ya va a la escuela dos veces por semana y a estimulación del oído. Gracias a Dios pasó que cuando le iban a poner los audífonos se dio que ya escuchaba, y por suerte todo bien.

—Pero Jaime no ve; nunca va a poder ver...

—No, no ve. Ya el año que viene lo ponen en jardín en esa escuela donde todos los chicos son como él. Tengo dos hermanos, una de dieciséis y uno de once, y por suerte lo re quieren.

No hubo ninguna referencia a un varón en todo el tiempo. Solamente al hermano de once años. Mujeres, madres de mujeres, madres de hijos que llegan por suerte y sobreviven gracias a Dios.

Todo parece tan simple y resulta tan tremendo; tan natural y desprotegido que la inocencia del relato no da pie para otra cosa que para desear que todo siga adelante.

—Es como dice mi mamá: los tropezones siempre están. Hay que pasar lo malo, después ya está. No va a pasar más nada. Él está tan contento con el perrito que le puso también tres nombres; lo *renombró*. Duerme con él y lo llevamos hasta la puerta de la escuela. ¡El perrito también es una suerte!

Historias prematuras

“Hoy tenemos a nuestro alcance más información para tomar decisiones de manera acorde a nuestras circunstancias, y adquirir estilos de vida que prevengan la prematurez. El conocimiento actual, también sirve para adoptar acciones que nos ayuden a que el parto se produzca en el lugar más adecuado y con los menores riesgos. Casi el 90% de los 36 mil nacimientos prematuros, que se consideran de alto riesgo, nacen en un lugar que no cuenta con las condiciones necesarias para evitar las consecuencias de esos riesgos. Más aún, de los que sobreviven, muchos no pueden ejercer un derecho tan básico como estar acompañados por su familia todo el tiempo.”

Zulma Ortiz
Especialista en Salud,
UNICEF Argentina



ISBN 978-987-9286-34-0

